

el **CORREO** de la **UNESCO**



JULIO 1989. 15 francos franceses

(España: 400 pts. IVA incl.)



LA FAMILIA PASADO Y PRESENTE

EN ESTE NÚMERO:
ENTREVISTA CON
EL ESCRITOR BRASILEÑO
**JORGE
AMADO**

confluencias

Amigos lectores, para esta nueva sección "Confluencias", enviémos una fotografía o una reproducción de una pintura, una escultura o un conjunto arquitectónico que representen a sus ojos un cruzamiento o mestizaje creador entre varias culturas, o bien dos obras de distinto origen cultural en las que perciban un parecido o una relación sorprendente. Remítannoslas junto con un comentario de dos o tres líneas firmado. Cada mes publicaremos en una página entera una de esas contribuciones enviadas por los lectores.

La realidad... ni pintada (Vermeer y Mondrian)

1985, acrílico sobre tela (1,16 x 0,89 m) de Herman Braun-Vega, pintor peruano que reside en París desde 1968. Según el escritor Julio Ramón Ribeyro, en la obra de Braun-Vega, que combina imágenes de espacios culturales diferentes, se advierte "la ocupación cada vez más visible del territorio privilegiado de Occidente por los adelantados del Tercer Mundo y el anuncio de una nueva civilización basada en la promiscuidad, el contacto, el cruce y finalmente el mestizaje étnico y el sincretismo cultural."



4

Entrevista con Jorge Amado
**“EL DESEO DE LOGRAR
 UN MESTIZAJE”**



9

LA FAMILIA, PASADO Y PRESENTE

LA RUSIA DEL PASADO
 EL HOGAR Y LA COMUNIDAD CAMPESINA
 por *Hélène Yvert-Jalu* 10

LA ANTIGUA CHINA
 EL IMPERIO DE LOS ANTEPASADOS
 por *Qi Yanfen* 16

AFRICA
 LINAJE Y TRADICIÓN
 por *Manga Bekombo Priso* 22

ORIENTE MEDIO Y AFRICA DEL NORTE
 LA FAMILIA EN EL FUTURO 25

JAPÓN
 DE LA IE A LA FAMILIA NUCLEAR
 por *Kurimoto Kazuo* 28

EUROPA
 UN ENFOQUE FLEXIBLE
 DE LOS LAZOS FAMILIARES
 por *Andrée Michel* 34

BRASIL
 MUJERES DE AREMBEPE
 por *Mariza de Athayde Figueiredo y Danda Prado* 38

QUEBEC
 HACIA LA FAMILIA DEL AÑO 2000
 por *Francine Descarries y Christine Corbeil* 42

TESTIMONIO
 COMPARTIENDO LA VIDA
 DE UNA FAMILIA UZBEKA
 por *Claire Fournier* 46

48

LA CIENCIA Y EL HOMBRE

LA “MALEZA MARAVILLOSA”
 DE AFRICA

Nuestra portada: *Retirantes, éxodo de campesinos (1982)*, acrílico sobre tela (200 x 200 cm) de Gontran Netto, pintor brasileño que reside en Francia desde 1969.

Portada posterior: *Reunión de familia (1987)* de Zhubui Zliao. Este escultor chino emplea a menudo como material para sus obras objetos de la vida cotidiana de los miao, pueblo chino montañoso con el que vive en estrecho contacto desde su infancia. En este caso ha utilizado cucharas de madera.

El destacado escritor brasileño expone a El Correo de la Unesco sus puntos de vista acerca de la originalidad de la cultura del Brasil.

Jorge Amado



“El deseo de lograr un mestizaje”

El Brasil es en muchos sentidos un microcosmos, una mezcla de sensibilidades y de pueblos venidos de todas partes, un resumen de la humanidad. Pero es también un solo país, con su administración y sus instituciones nacionales. ¿Qué predomina en ustedes, la diversidad o la unidad? ¿A través de todas las diferencias, puede hablarse de un pueblo brasileño, de una cultura brasileña?

— A mi juicio, se puede hablar de un solo pueblo y de una cultura original, nacidos del mestizaje de todas las razas que se dieron cita en el país.

¿Cuáles son esas razas?

— En primer lugar, naturalmente, los indios. En seguida, los europeos, sobre todo los portugueses. Pero, poco a poco, se produjo una diversificación de las comunidades procedentes de Europa; por lo demás, ya en el siglo XV la población de Portugal era muy mezclada. Había los llamados moros; también estaban presentes los judíos, que huían de la Inquisición y a quienes se llamaba los nuevos cristianos porque se habían convertido, pero siempre se les perseguía. Además, hubo una colonia holandesa importante.

Después aparecieron los africanos, llevados al Brasil como esclavos. La mezcla de razas en el Brasil se aceleró con ellos. En efecto, los dueños de esclavos, deseosos de dispersar las tribus originales, compraban lotes de esclavos pertenecientes a tribus diferentes: un yoruba, un bantú, un congoleño...

Por consiguiente, los esclavos se mezclaban entre sí. ¿Pero ocurría lo mismo con sus amos blancos?

— También. Los portugueses se mezclaban fácilmente. La mezcla fue realmente un fenómeno general. Hasta tal punto

que actualmente no existe ningún negro puro. Basta buscar entre los brasileños de piel negra. Si se recorre la genealogía de cualquiera de ellos, padre o madre, abuelos, bisabuelos, siempre se terminará por descubrir la presencia de algún blanco.

¿Y hay blancos puros?

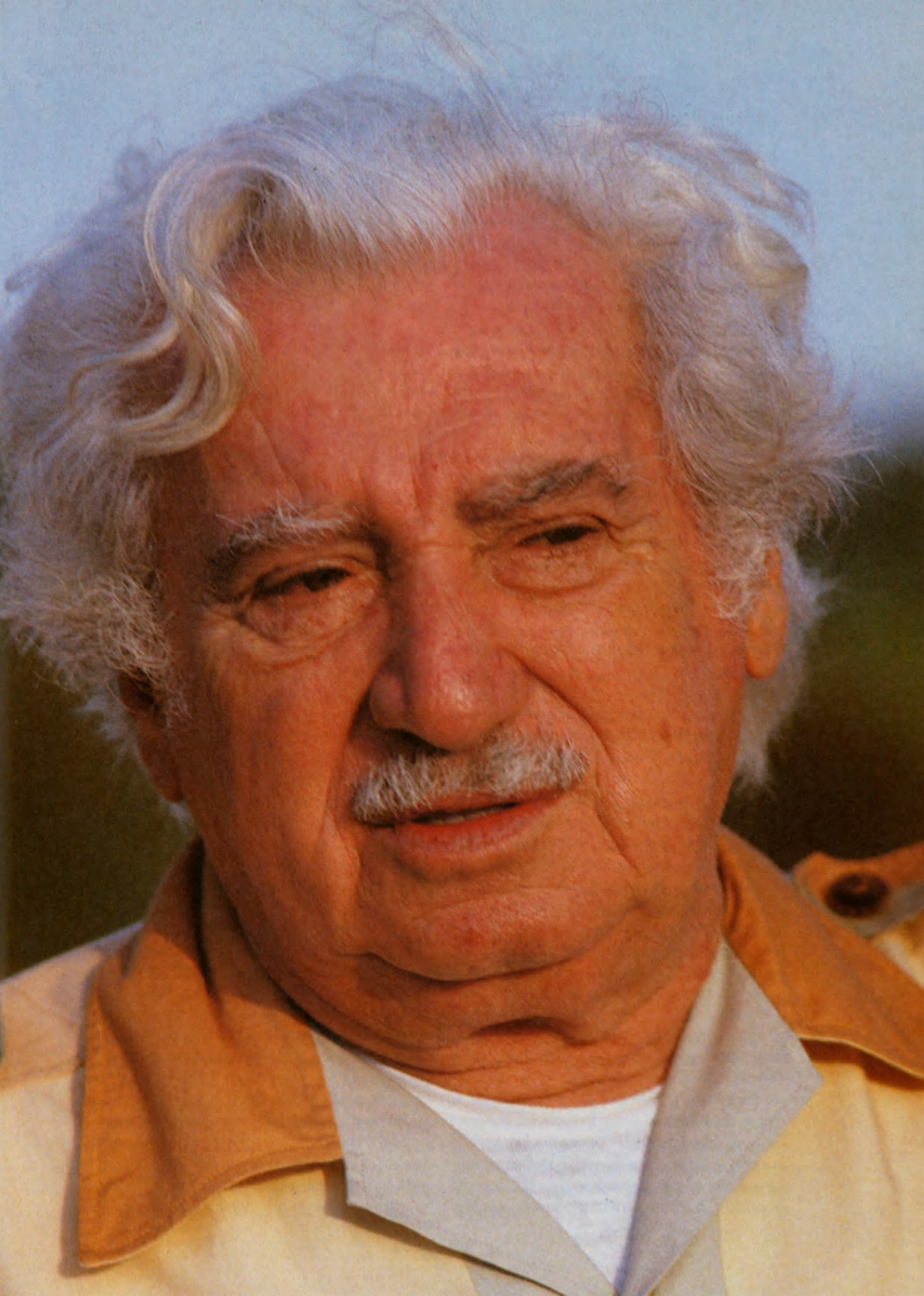
— Entre los antiguos, tal vez en el sur, pero muy escasos y difíciles de encontrar. Existen, eso sí, blancos puros entre los llegados recientemente y los hijos de los inmigrados. Pero, a partir de la generación siguiente, comienzan a mezclarse con los demás y, de ese modo, se integran.

Por último, no hay que olvidar a los árabes, que sobre todo eran cristianos. Procedían del Líbano y de Siria. Solía llamárseles turcos porque entonces sus países eran sólo provincias del Imperio Otomano.

¿Pero no es posible que todas esas poblaciones se fundieran pacíficamente en una sola! Hubo seguramente desigualdades, relaciones de poder...

— Sin lugar a dudas. En los planos político, económico y social se produjeron conflictos agravados por las diferencias étnicas y culturales. La población negra, por ejemplo, muy pronto se rebeló contra su situación. Hubo luchas de muy vasto alcance. Existieron incluso varias repúblicas negras creadas en la montaña por los esclavos sublevados, los quilombos; una de ellas duró cerca de cuarenta años, rechazando sucesivamente cuatro ejércitos gubernamentales.

Después de la abolición de la esclavitud iban a suceder nuevas oleadas de inmigrantes para trabajar en las plantaciones de café. Italianos, alemanes... Lo que quiero decir, como conclusión, es que las desigualdades y los conflictos



no han estado ausentes de la historia del Brasil, pero que, pese a ello, el proceso de fusión de las etnias y de las culturas no ha cesado jamás. Eso es lo típico del Brasil. De ahí ha nacido una cultura brasileña. A partir de un idioma, el portugués, que todos se han puesto a hablar.

¿Cuáles son los principales componentes de esa nueva cultura?

— Tanto el elemento europeo como el africano y el indio ocupan en ella un lugar irremplazable. Pero me atrevería a decir que su fuente vital se encuentra en África. El alma brasileña nació de un enfrentamiento entre la melancolía portuguesa y la alegría africana. El portugués siempre duda, está volcado hacia la muerte, es ante todo un pesimista. El africano rezuma vitalidad, está a gusto en su cuerpo y en la naturaleza, sabe reír, festejar, jugar. Aportó a la nueva cultura un ritmo y una energía vital reconocibles de inmediato. Ello salta a la vista si se escucha una música brasileña o si se ve una danza del país.

¿Es perceptible este aporte en todas las expresiones de la cultura brasileña?

— Al principio, en las formas de expresión escritas se advierte más bien la contribución europea, pero poco a poco estas formas se impregnan, a su vez, del aporte africano. El primer gran poeta brasileño, Gregório de Matos, es mulato. En el siglo XVIII la mayoría de los escritores son blancos pero también los hay de origen negro. Esta diferenciación entre los orígenes blanco y negro es por lo demás muy difícil de precisar. El más gran novelista brasileño del siglo XIX, Machado de Assis, también era mulato. He ahí una clara demostración de lo que acabo de decir.

Es evidente que según las regiones tiene preeminencia uno u otro elemento cultural. En la Amazonía, lo que predomina en la mezcla es el indio; hacia el nordeste, el negro, y al sur, el blanco... Pero en todas partes hay una mezcla y siempre con elementos que ya son propiamente brasileños.

Para captar toda la importancia de esta plasticidad cultural típicamente brasileña, basta mirar los nueve países que nos rodean: Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Paraguay, Uruguay y Argentina. Pese al afán de unidad que en todos se manifiesta, y a su idioma común, se trata de nueve países diferentes. En cambio, el Brasil, que por sí solo tiene el tamaño de un continente, ha mantenido su unidad. Son muchas las razones que explican ese fenómeno, pero a mi juicio la más importante es la capacidad de mezclarse, el deseo de lograr un mestizaje. Es una actitud

frente a la vida que es posible encontrar, en el fondo, en todas las formas de expresión, pero que adquiere su máximo esplendor durante el Carnaval, ese momento en que todo se mezcla, en cada uno de nosotros y entre todos. Para los brasileños es la fiesta más importante del mundo.

¿Se refleja esta aspiración en el fenómeno religioso?

— Absolutamente. Hay un sincretismo religioso al igual que existe un sincretismo en el arte. Y en ese aspecto es también determinante la presencia africana. Los africanos trajeron consigo sus visiones cosmogónicas, sus dioses y sus cultos, que se enfrentaron y se conjugaron entre sí, ya que los miembros de tribus diversas tenían que convivir. A su vez, esos variados aportes se mezclaron con el catolicismo, puesto que en cuanto llegaban los africanos recibían el bautismo.

Así, en el Brasil todos somos católicos, aun cuando en el fondo seamos fetichistas, animistas o protestantes. Los propios dioses se han mezclado y el Carnaval es también un carnaval de los dioses. Es extraordinario comprobar la capacidad de supervivencia de los dioses africanos, pese a encontrarse sumidos en la noche esclavista. Los esclavos, convertidos a la fuerza al catolicismo, no podían rendir culto abiertamente a sus propios dioses. Lo hacían entonces identificándolos con los santos cristianos.

Tomemos por ejemplo la fiesta sumamente católica de San Antonio. Junto con los blancos los negros decían: “Vamos a celebrar a San Antonio”, pero ellos honraban a Ogun, un dios negro muy popular, dios del metal y de la guerra. Poco a poco, el santo y el dios se confundieron.

Entonces, ¿no hay racismo en el Brasil?

— Lo hubo y todavía lo hay. En el Brasil, como en el resto del mundo, el racismo aflora o irrumpe cuando diversas etnias se encuentran en una situación de conflicto. Y sin embargo, el Brasil no es una sociedad racista, en la medida en que las tendencias racistas se ven contrarrestadas por una propensión general al mestizaje y al sincretismo. El racismo, en vez de estar arraigado e institucionalizado, no se estimula y tiende más bien a neutralizarse gracias a la corriente favorable a las mezclas, a ese impulso que elimina las diferencias y concilia lo antagónico. La mezcla es la palabra clave de la cultura brasileña.

Mis hijos tienen sangre italiana por su madre. Mi abuela era india, mi bisabuelo era negro y en mi apellido hay sin duda una impronta árabe. Y yo estoy muy satisfecho de ser brasileño; tengo la impresión de venir de todas partes pero me siento a gusto en mi país. Hay una anécdota divertida



“He luchado toda mi vida movido por esa esperanza”

a propósito de mi apellido. Un día recibo una carta procedente de la embajada de un país árabe. Mi secretaria se comunica con esa representación diplomática y el agregado cultural insiste en el teléfono en que debo corregir mi apellido, pues según él no es Amado sino Hamadu, un apellido de origen árabe. Entre las familias portuguesas que llegaron desde comienzos de la colonización, eran numerosas las que se apellidaban Amado. ¿Hasta que época se remontaban? Probablemente hasta la conquista por los árabes de la península ibérica. Pero también es posible que fuesen de origen judío. Un resumen de la humanidad, como usted bien decía.

¿Para usted, por consiguiente, el único antídoto contra el racismo es el mestizaje?

— Sin duda. Desde muy joven tuve que luchar contra diversos prejuicios e injusticias, en particular el racismo, que es indiscutiblemente el más deleznable de los prejuicios. Estoy convencido de que, a la larga, no hay más que una solución: absorber el racismo gracias a la mezcla de las razas.

Pero en ciertos contextos políticos o económicos desfavorables a determinados pueblos o categorías sociales, ¿puede esa mezcla ser otra cosa que el aplastamiento cultural de los más débiles por los más fuertes?

— No hay que confundir debilidad económico-política y debilidad cultural. Una cultura, aun cuando sea el patrimonio de una comunidad o una clase oprimida, puede salvaguardar sus valores e incluso imponer algunos de ellos a sus opresores. Tal cosa ha sucedido, como acabo de decirlo, con las poblaciones negras del Brasil, reducidas sin embargo a la esclavitud, y con las poblaciones negras de los Estados Unidos. Y en la Antigüedad, ¿no dio Grecia el ejemplo al helenizar la cultura de Roma, pese a que ésta la había vencido y ocu-

pado? Y más cerca de nosotros, la India, Pakistán, Egipto, ¿no han preservado e incluso fortalecido y dado nueva vitalidad a sus identidades culturales gracias al contacto con la cultura occidental colonial?

¿Cuál es hoy en día la situación en el Brasil? ¿Ese interesante proceso de mestizaje ha eliminado por fin el racismo? — Acabamos de celebrar el centenario de la abolición de la esclavitud. Ello quiere decir que hace sólo cien años los negros —o los mestizos en los que dominaba la sangre negra— todavía eran esclavos. La situación ha progresado mucho pero queda un largo camino por recorrer. La división entre blancos y negros corresponde incluso actualmente, en cierta medida, a la división entre los muy ricos y los muy pobres. Es una situación que no favorece precisamente los sentimientos de fraternidad.

Es indispensable entonces trabajar más, con todos los medios disponibles —el combate político democrático, las reformas sociales, las obras culturales— para resolver los problemas y aproximar a los hombres. En el ámbito de la cultura, en particular, hay que combatir la apología de la violencia en formas de expresión tan populares como la televisión y el cine. No se trata de prohibir las películas que exaltan la violencia, sino de crear obras nuevas, filmes que destaquen, por el contrario, el amor, la amistad y la solidaridad. Es una tarea difícil, pero creo que, a la larga, es la única que puede dar resultados.

En el fondo, desde los inicios de la humanidad las cosas han avanzado, ¿no es cierto? Yo no sé si algún día se logrará crear un mundo en que el hombre no sea enemigo del hombre, en que el color de la piel no tenga más importancia que las diferencias de edad, en definitiva un mundo fraternal. Pero hay que combatir con la esperanza de que así será. Si no, se cae en la angustia y en el desaliento. He luchado toda mi vida movido por esa esperanza. He sufrido, naturalmente, muchas desilusiones. Viví momentos difíciles bajo la dictadura o cuando tuve que reconsiderar ciertas ideas que durante mucho tiempo me habían parecido sagradas. Pero nunca he perdido esa esperanza. Si la hubiera perdido no habría podido seguir luchando, escribiendo. Todo habría terminado para mí.

¿Una imagen de esperanza?

— La imagen del Carnaval. ¡Todos esos rubios, morenos y negros que hablan a veces de separación entre las razas pero que se encuentran, se mezclan, bailan juntos y, por último, se casan!



PARA numerosos mitos, cosmogonías y religiones los comienzos de la humanidad coinciden con la creación de una primera pareja —Apsu y Tiamat, Yama y Yami, Adán y Eva... ¿Es posible que esta imagen de la célula familiar original —un hombre, una mujer y su progenie— se esté convirtiendo, en la actualidad, en un modelo universal?

Sin embargo, por lejos que nos remontemos en el tiempo, encontramos siempre estructuras familiares más vastas y complejas —hordas, clanes, tribus, linajes, comunidades campesinas o urbanas—, donde varias generaciones conviven y producen de manera solidaria, donde el ejemplo de los antepasados sigue inspirando a sus lejanos descendientes, donde las mismas costumbres se perpetúan a lo largo de los siglos y donde, por último, los cultos religiosos están profundamente enraizados...

Manantial y refugio para cada cual, espacio jerarquizado y codificado, agobiante para algunos pero que a todos da seguridad, la familia en sentido amplio constituye desde hace miles de años el vínculo social más resistente y el lugar donde se conservan y transmiten los signos distintivos de la cultura de un pueblo.

Pero actualmente ese vínculo tiende a debilitarse, y ese lugar privilegiado padece cada vez más los embates desintegradores de la sociedad moderna. Familia reducida, familia nuclear, e incluso familia monoparental... ¿Las células sociales de base no se están reduciendo en todas partes a su mínima expresión? ¿Y la uniformidad y la monotonía no están acaso substituyendo de manera inexorable la diversidad cultural de la que la familia ha sido hasta hoy un baluarte?

Aunque contrarrestadas por el predominio y la vitalidad de las exigencias comunitarias, se perfilan algunas tendencias que parecerían confirmar este empobrecimiento. Pero cabe preguntarse si la humanidad, esa raza de imprevisibles creadores, no está explorando, en medio del sufrimiento y la improvisación, formas novedosas de sociabilidad que permitan por fin conciliar la solidaridad familiar con la libertad individual.

*Mi familia, óleo sobre
madera contrachapada
(1,22 x 1,22 m) del pintor
soviético Alexandre
Grigorievich Sitnikov.*

El hogar y la comunidad campesina



LA
FAMILIA
PASADO
Y PRESENTE

LA RUSIA DEL PASADO



La demande en mariage (La petición de mano) de Michail Schibanoff, pintor ruso del siglo XVIII.



Le couple (1931, La pareja), de Ossip Zadkine (1890-1967), escultor francés de origen ruso.

Civilización rusa, civilización campesina... y familiar. Gracias a una estructura comunitaria original, la familia campesina tradicional, que durante siglos fue un grupo social oprimido, ha logrado mantener su identidad y afirmarse como personalidad colectiva.

LA población del imperio ruso, a fines del siglo XIX, estaba constituida por campesinos en su inmensa mayoría. El censo de 1897 indica que de una cifra de 124,6 millones de habitantes, 106,2 millones (o sea el 85 %) vivían en el campo.

En 1913, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, un 18 % de la población habitaba en las ciudades. Incluso era difícil distinguir, en ese momento, las concentraciones urbanas de las aldeas. Las tres cuartas partes de la población se dedicaba a la agricultura y los vínculos entre el medio urbano y el medio rural se mantenían de manera constante gracias a los trabajadores temporeros mitad campesinos mitad obreros (los *otjodniki*).

Fue necesario esperar hasta 1962 para que la cifra de la población de las ciudades sobrepasara la de la población rural. Ello demuestra la importancia de la sociedad campesina, en cuya base se encuentra la familia. “Todas las instituciones, todas las características propias de Rusia y todo lo que la diferencia de Occidente tiene raíces profundas que es necesario poner de manifiesto, pues de otro modo se corre el riesgo de no entender para nada sus dificultades”, escribe el autor francés Jean-Baptiste Anatole Leroy-Beaulieu. Esas raíces hay que buscarlas, ante todo, en la organización de la familia tradicional rusa en el medio campesino.

Una comunidad campesina original: el mir

La sociedad campesina rusa tradicional descansaba en una institución original, “la comunidad agraria” (*obchtchina* o *mir*), una especie de gobierno local campesino que reunía regularmente a todos los “jefes de familia” (*domojozianes* —textualmente, dueños de casa). Estos compartían la responsabilidad de ocuparse de los problemas de la aldea bajo la dirección de un anciano,

el *starosta*, elegido por ellos. Los campesinos no eran propietarios de su tierra, y los campos y los prados pertenecían a la comunidad que los redistribuía entre las familias en función de su número de “almas”, dicho de otro modo en proporción al número de hombres casados que la componían; para este efecto no se tomaba en cuenta a las mujeres ni a los varones solteros.

A juicio de algunos historiadores, las raíces del régimen del *mir* datan de la época en que los antiguos eslavos explotaban colectivamente, en grandes grupos ligados por parentesco, una tierra indivisa. Esta situación era probablemente el reflejo de una mentalidad singular totalmente ajena a las tendencias individualistas de Occidente. Para otros historiadores, se trataba de una forma de organización impuesta por el poder a los campesinos por razones administrativas y fiscales. Sea cual fuere su origen, el *mir* desarrolló en el campesinado ruso el espíritu comunitario, el apego del individuo a su grupo social, particularmente a su grupo familiar, y la solidaridad entre los diversos integrantes de la colectividad.

El “jefe de familia” se designaba siguiendo el orden de sucesión patriarcal. Su cargo pasaba del padre al hijo o también al hermano mayor. Se trataba normalmente del hombre de más edad de la familia. En caso de viudez, y a falta de hombres adultos, podían crearse matriarcados transitorios.

Como representante de su familia ante la asamblea de la aldea, el *domojozian* se encargaba del pago de los impuestos y de proporcionar reclutas para el servicio militar. Dentro de su grupo doméstico era responsable de la administración del patrimonio común, de facilitar la mano de obra masculina de su casa para las faenas agrícolas, del abastecimiento de leña para el hogar, de la construcción o reparación de los edificios, del cuidado de los aperos y, por último, de dirimir las disputas dentro de la familia.

A principios del siglo XIX era frecuente que la “gran familia” contara con un término medio de 25 a 30 personas. En la vivienda, que con las dependencias constituía el *dvor* (textualmente, el patio), se agrupaban las familias de los hijos, las hijas solteras y otros parientes y familiares.

A fines del siglo XIX este tipo de comunidades era mucho menos frecuente. Los hijos casados, después de pasar algunos años en la morada paterna, se alejaban de ésta para constituir un nuevo “hogar”. En los años 1880-1890, el tipo corriente de aldea no contaba con más de 7 a 8 personas por *dvor*. Del censo de 1897 relativo a la parte europea de Rusia se desprende un promedio todavía más bajo: 5,9 personas por unidad doméstica en el medio rural.

El matrimonio, acceso a las tierras comunales

La autoridad del jefe de la familia sobre los suyos reproducía la del emperador sobre sus súbditos, que a su vez reflejaba el carácter todopoderoso de la divinidad.

De ahí que el poder del jefe de la familia fuese particularmente autocrático, como lo destaca un antiguo proverbio: “El amo en su casa como el khan en Crimea”. La obediencia que se debe al jefe de la familia es, por lo demás, una manifestación del respeto por los ancianos. “Allí donde están las canas se encuentra la razón”, dice otro proverbio.

Sin embargo, el poder del *domojozian* no era absoluto, pues era costumbre que consultara al “consejo de familia” antes de tomar una decisión particularmente importante. Este consejo, formado por los hombres casados de la casa, tenía en ciertas circunstancias excepcionales la facultad de destituirlo por causa de incompetencia o de indignidad.

Como en toda sociedad patriarcal jerarquizada, imperaba la norma de que los hombres dominaban a las mujeres, los menores a los jóvenes y los casados a los solteros.

Al que no estaba casado no se le consideraba una persona a carta cabal. Es significativo el vocabulario en este aspecto: a un hombre soltero, cualquiera que fuese su edad, se le llamaba *malyi* (muchacho) y a una mujer soltera *deyka* (muchacha). Una vez casados se sumaban a los adultos en la comunidad doméstica.

El matrimonio era un requisito indispensable para poder disfrutar de las tierras comunales. Equivalía en cierto modo a la mayoría de edad, como se desprende del uso del término *muj* que, en el pasado, designaba a la vez a un hombre y a un esposo. Un *bobil*, es decir un campesino sin tierra y sin familia, era considerado un infeliz agobiado por la adversidad.

No es entonces de extrañar que Rusia fuera el país de Europa donde había más matrimonios. El censo de 1897 indica que en los campos sólo el 4% de las mujeres y el 3% de los hombres de 40 a 50 años habían permanecido solteros. La nupcialidad era precoz. La edad del primer matrimonio era de 21,2 para las mujeres y de 23,5 para los hombres, valores inferiores por lo menos en dos años a las correspondientes a Francia en esa época. Sólo no se casaban los que ingresaban en las órdenes monásticas o sufrían un impedimento físico o mental.

Debido a la fuerte mortalidad, la viudez era frecuente pero muchos viudos volvían a casarse. Un hombre viudo necesitaba una nueva esposa que se ocupara de los hijos privados de su madre y que lo ayudara en la explotación agrícola. En cuanto a las viudas, como no podían disfrutar de la tierra asignada a su difunto esposo, se convertían en una pesada carga para la comunidad. Al quedarse solas, su único destino era la miseria.

Los ritos de la petición en matrimonio muestran que la formación de una pareja conyugal no era un asunto individual sino colectivo, bajo la autoridad del jefe de la familia y el control de la comunidad de la aldea. Un hombre, al tomar esposa, proporcionaba a la comunidad una fuerza de trabajo adicional. La recién casada dejaba en efecto la casa paterna para instalarse en

La pared de los iconos en una isba, vivienda tradicional de madera de los campesinos rusos.





Familia rusa fotografiada a principios del siglo XX.

la morada de su familia política. La mujer ideal era en primer lugar la que trabajaba con ahínco.

Según la costumbre, los padres del pretendiente enviaban a los *svaty* (casamenteros), que eran parientes o amigos del muchacho, a entrevistarse con el padre y la madre de la posible novia para informarse y negociar las condiciones de la boda proyectada. De hecho, no era raro que los padres pidiesen la opinión de sus hijos. No había una oposición sistemática entre los intereses y los sentimientos. Pero, incluso en ese caso, la tradición exigía que la novia llorase su vida de soltera y que expresara el temor que le inspiraba una nueva existencia en una casa extraña.

Cuando varias generaciones vivían en la misma morada la mujer de más edad ejercía la función de dueña de casa. Por lo general era la esposa del *domojozian* y se encargaba de organizar

y repartir el trabajo doméstico entre las distintas mujeres de la familia.

A estas últimas incumbía la obligación de encender y alimentar el inmenso hogar que ocupaba casi un cuarto de la isba, ir por agua al pozo de la aldea, preparar la comida para la familia y los animales, cultivar el huerto trasero de la casa, ocuparse del gallinero, ordeñar las vacas y preparar productos lácteos y recoger frutos y setas en el bosque. Además, tomaban parte con mayor o menor regularidad en las faenas agrícolas cuya responsabilidad recaía principalmente sobre los hombres. Las mujeres ocupaban las largas veladas de otoño y de invierno hilando o realizando labores de telar.

Estaba permitido que al vender el excedente de sus labores de hilado y de tejido, así como algunos productos lácteos, reunieran un pequeño

peculio personal, que en algunas provincias se llamaba *korobka*. Las muchachas lo llevaban consigo al casarse. Cuando una mujer moría, este peculio lo heredaban normalmente sus hijas o sus hermanas solteras. Existía así una suerte de sucesión entre mujeres. En cambio, éstas no tenían ningún derecho sobre los bienes de la familia de su padre ni sobre los de su marido. Sólo los hijos podían heredar a su padre pero debían, como contrapartida, encargarse del sustento de sus padres ancianos.

La tasa global de natalidad en la Rusia europea (49,5% en el periodo 1869-1900) demuestra que no existía ningún tipo de control de los nacimientos. Teniendo en cuenta los factores que frenaban la fecundidad (amamantamiento durante uno o dos años, periodos de abstinencia durante las cuaresmas, alejamiento temporal del marido por razones económicas), se calcula que en las parejas no separadas por la muerte, las campesinas daban a luz entre 8 y 10 hijos, un tercio de los cuales moría antes de cumplir un año de edad.

La campesina nunca descansaba durante su embarazo. Los niños nacían con la ayuda de la comadrona de la aldea, e incluso con auxilio del marido, y la mujer trabajaba en las faenas agrícolas hasta el momento del parto. La vida de la campesina era muy dura. Laboraba sin tregua, mucho más que el mujik, que en el invierno podía levantarse tarde y permanecer junto al hogar. Según el poeta Nekrasov:

*Las llaves de la felicidad femenina,
de nuestra cara libertad,
las ha perdido para siempre
el propio Dios.*

Los numerosos dichos injuriosos para las mujeres, como “mujer de cabellos largos e ideas cortas” o “cuanto más se pega a la mujer mejor queda la sopa”, han escandalizado a menudo a los observadores extraños al mundo campesino. Ahora bien, cuando se leen los testimonios de autores procedentes de ese medio se tiene más bien la impresión de que las mujeres eran consideradas como un elemento indispensable de la explotación agrícola.

Existe incluso una tradición literaria rusa que estima que las mujeres son superiores a los hombres. Pero siempre en la medida en que encarnan la pureza, el sacrificio, la humildad, el valor, la dedicación al trabajo y la fe, dicho de otro modo, en la medida en que son las guardianas de los valores morales y religiosos.

Un cristianismo cósmico

En la sociedad rusa del Antiguo Régimen y, en particular, en las aldeas, la Iglesia desempeña un papel fundamental. Es ella la que dictamina sobre el bien y el mal, lo bello y lo feo, lo honorable y lo vergonzoso. Es la que inscribe en los registros parroquiales las partidas relativas al estado civil. Los nacimientos, los matrimonios y las muertes tienen necesariamente un carácter sacramental.

Toda la vida familiar está impregnada así de ritos religiosos.

Uno de los ritos ortodoxos más importantes, el del matrimonio, identifica la unión conyugal con la unión de Cristo y de la Iglesia. De ahí que el matrimonio sea indisoluble. Esta regla admite, sin embargo, algunas excepciones. Se acepta el divorcio, por ejemplo, en caso de adulterio. El cónyuge reconocido inocente puede contraer nuevas nupcias. Pero, por lo general, la clase campesina ignora esta posibilidad. En conjunto el pueblo ruso es muy piadoso y la práctica religiosa está estrechamente ligada a la vida cotidiana a través de una diversidad de fiestas. Puede afirmarse que el cristianismo de los campesinos es en realidad un cristianismo “cósmico”. Vinculado al ritmo de las estaciones, se combina también con tradiciones y creencias heredadas del paganismo. Aunque son cristianos fervientes, los campesinos creen en el *domovoi*, el genio de la casa, en el *lechi*, el espíritu de los bosques, y en las *rusalki*, las ondinas.

Por el profundo apego de la civilización campesina a sus tradiciones seculares y su reticencia ante toda novedad, era muy grande el fosco que la separaba del mundo occidentalizado de los intelectuales rusos.

Durante mucho tiempo los juicios de la elite intelectual del país sobre los campesinos fueron contradictorios, sea que los considerase como seres primitivos que se debatían en la promiscuidad y la ignorancia o que los idealizara elevándolos a la categoría de guardianes de la civilización rusa en sus aspectos más originales.

Era no comprender las verdaderas razones de su actitud. Humillados durante siglos, liberados de la servidumbre recién en 1861, sólo pudieron defenderse de las presiones del poder y de la miseria apoyándose en una vida comunitaria, en ritos y en creencias que les permitían afirmarse como personalidad colectiva. La familia era para ellos un espacio privilegiado de transmisión de su patrimonio cultural y un foco de resistencia ante la adversidad. ■



HÉLÈNE YVERT-JALU, francesa, es profesora de la Universidad de París I y autora de numerosos estudios sobre la familia, la condición femenina y los problemas de población en la Unión Soviética.

“El hombre es a la mujer lo que el sol a la luna. El dirige, ella lo sigue; y es así como reina la armonía.” En la China de antaño, la familia tradicional se regía por un orden inmutable, basado en el culto de los antepasados y en la sumisión de la mujer.

“LA virtud del soberano es como el viento, la gente humilde es como la hierba; la hierba debe inclinarse cuando el viento pasa.”

“El príncipe debe obrar como príncipe, el súbdito como súbdito y el hijo como hijo.”

Cada cual en su sitio, un orden inmutable... La sociedad china estuvo impregnada durante siglos de la concepción jerárquica que ilustran estos proverbios. Bajo la influencia, sobre todo, del confucianismo, el Celeste Imperio estaba regido por un orden estricto, basado fundamentalmente en la familia.

En la tradición china se entendía por tal un grupo de mayores dimensiones que el núcleo familiar e integrado por tres o cuatro generaciones ocupantes de una misma vivienda, en la que no sólo habitaban los ascendientes y descendientes directos sino también los colaterales, esto es los tíos y las tías.

La existencia y la pervivencia de este tipo de familia tenía su fundamento en normas y preceptos que formaban parte tanto de la religión como de las leyes civiles y de las convenciones sociales.

La complejidad de las relaciones que se derivaban de los vínculos familiares ha dejado su impronta incluso en la lengua. Mientras que en Occidente basta una sola denominación como tía, tío o hermana, en chino existen múltiples términos más precisos. Así, *Yie Yie*, hermana mayor; *Di Di*, hermano más joven; *Yiu Yiu*, tío materno; *Shu Shu*, tío paterno más joven que el padre; *Sheng Sheng*, esposa del tío más joven que el padre.

Ahora bien, si este tipo de familia era la norma para la burguesía y la aristocracia, no lo era tratándose de las clases humildes, para las que mantener a un grupo tan numeroso suponía enormes dificultades económicas. La parcelación de las tierras, el hambre y las enfermedades quebrantaban con frecuencia esas estructuras y, una vez disuelta, la familia tenía pocas posibilidades de reconstituirse.

El culto y el deber

El culto de los antepasados es una de las características esenciales de la familia china tradicional y revela la fuerza de los vínculos que ligaban a sus miembros incluso después de la muerte. Las almas de los antepasados, con las que un día irían a reunirse los vivos, “futuros antepasados”, cons-

POR QI YANFEN



Pintura del siglo XIX que representa el yin (elemento femenino) y el yang (elemento masculino), los dos principios opuestos y complementarios presentes en la naturaleza (macho y hembra, luz y tinieblas, fuego y agua, etc.) cuya acción recíproca, según la cosmogonía china tradicional, crea la armonía universal.



Foto iluminada de una comida en familia en la China de principios de siglo.

El imperio de los antepasados



LA
FAMILIA
PASADO
Y PRESENTE

LA ANTIGUA CHINA

tituían los eslabones de una cadena continua, que era, en fin de cuentas, la humanidad.

El emperador Qiang Si (1662-1722), de la dinastía Qing, explicaba al legado pontificio: "Sabemos perfectamente que las almas de los antepasados no pueden vivir en las tablillas ni en las inscripciones que llevan su nombre, pero procuramos convencernos de que nos encontramos en su presencia".

De aquí procede la costumbre de hacerles diversas ofrendas: palomas, gallinas, frutas, vino, trigo o arroz, según las regiones. En todas las casas había un lugar destinado al culto de los antepasados y, si la familia gozaba de una buena posición, mandaba construir un auténtico templo. En los aniversarios importantes, el de Confucio por ejemplo, esas ceremonias se celebraban en casa del jefe de la aldea.

Estas tradiciones religiosas datan de tiempos remotos. En el siglo V a.C. las doctrinas de Confucio valoran extraordinariamente la piedad filial, que tiene su más cumplida expresión en el deber de asegurar la pervivencia de la estirpe, los hombres engendrando un hijo, y las mujeres viudas negándose a contraer segundas nupcias para dedicarse a la educación de los hijos nacidos del primer matrimonio, sobre todo los varones, o bien adoptando a un sobrino de su difunto esposo. La pareja que sólo ha tenido hijas debe adoptar a uno de sus yernos, que pasa a llevar entonces el apellido de su suegro.

El respeto de la jerarquía, que se daba entre las clases sociales y que mantenía las estructuras

de la sociedad tradicional feudal, estaba muy arraigado dentro de la familia misma. El poder pertenece a la generación de más edad y, dentro de una misma generación, los mayores tienen siempre preeminencia sobre los más jóvenes. Así, el sobrino debe respeto y obediencia a su tío, aunque éste sea menor que él. El poder que ejercen los mayores sobre sus inferiores (miembros de las generaciones jóvenes, familiares de menos edad, mujeres) es casi absoluto y les autoriza incluso a infligirles malos tratos.

La obediencia y la separación

Este orden establecido se inculcaba a los niños desde su más tierna edad a través de las reglas de la piedad filial y del deber fraterno. Ya en los primeros años, pese a que niños y niñas eran educados juntos, se establecía una clara diferencia entre ambos sexos.

El nacimiento de un varón era motivo de ceremonias rituales y de una presentación oficial, en tanto que el de una niña pasaba prácticamente desapercibido. Muy pronto se enseñaba a los muchachos a mostrarse dominantes y a las niñas a ser humildes y sumisas. Algo más tarde, la separación de los sexos se manifestaba físicamente, y niños y niñas dejaban de sentarse en el mismo banco y de comer juntos.

Antes incluso de llegar a la adolescencia, unos y otros pertenecían a dos mundos completamente distintos. El precepto *Nan Zhu wai, Nüzhu nei* (el hombre es el amo del exterior, la mujer del

QI YANFEN forma parte de la delegación permanente de China ante la Unesco. Ex profesora de francés de la Universidad de Beijing, es autora, entre otras obras, de un *Resumen de la civilización occidental* y de una tesis sobre *Los personajes femeninos en la obra de Simone de Beauvoir* (1983), así como de numerosos artículos. Ha traducido al chino obras de la literatura francesa, en particular una novela de Simone de Beauvoir, *La sangre de los otros*.

Estampa china del siglo XIX en la que aparece un notario repartiendo los bienes familiares.





Esta imagen de una cortesana china de comienzos del siglo XX ilustra los criterios tradicionales de la belleza femenina: la perfección del rostro y de la silueta, pero sobre todo la pequeñez de los pies.



interior) es uno de los fundamentos de la sociedad china tradicional. Por ello se enseñaba a los muchachos las normas de la vida social y a las muchachas las reglas de la vida doméstica.

Aunque los grandes principios fuesen los mismos, existían evidentemente notables diferencias de una clase social a otra. Las mujeres pertenecientes a las clases superiores no trabajaban y vivían en un medio muy cerrado, limitándose a administrar la casa (alimentación, servidumbre) y a ocuparse de los niños; las de las clases trabajadoras tenían que participar en el trabajo familiar y, a veces, en las faenas agrícolas. Por lo general sus tareas consistían, además de la educación de los hijos, en ocuparse de las moreras y de los gusanos de seda, tejer, guardar las simientes y distribuir las comidas, de modo que su función económica distaba mucho de ser insignificante.

El ideal femenino en la antigua China

Los hijos recibían una preparación con miras a su condición futura: para el futuro padre, amplios poderes, casi absolutos si debe convertirse un día en cabeza de familia; para la futura madre, una existencia de sumisión y de humildad. Estaba estrictamente prohibido todo cuanto pudiera dar a la mujer más independencia y una mayor



Cortejo de boda en una calle de Pekín en 1911.

libertad. Se estimaba, en consecuencia, que “la incultura es la virtud misma de las mujeres”.

Lógicamente, sucedía que algunas jóvenes de fuerte personalidad se rebelaran contra esa educación y afirmaran su identidad propia, pero su actitud suscitaba una repulsa general y aparecían como un baldón para sus padres. En la literatura hay testimonios de la existencia de esas muchachas excepcionales, si bien su actitud se presenta indefectiblemente como un ejemplo negativo.

La joven ideal debe ser, en lo posible, de apariencia agradable. La belleza del rostro y la perfección de la silueta tienen gran importancia, pero no menos cuenta la pequeñez del pie, los pies “como la luna nueva en cuarto creciente con los que maravillosamente bailaba la damisela sobre una inmensa flor de loto dorado”. La mujer de pies pequeños tiene un porte de nobleza y fragilidad que favorece un casamiento honorable, despierta la estima de la gente y garantiza, según se cree, la fidelidad de su marido.

Este criterio de perfección física es muy antiguo y se puso de moda entre las clases adineradas bajo la dinastía Song (960-1280), generalizándose en todas las capas de la población hacia finales del siglo XVII. Esta costumbre, una de las más originales de la sociedad china, perduró hasta las reivindicaciones del 4 de mayo de 1919, con Sun Yat-sen.

Pero la gracia femenina no se basaba únicamente en las características físicas. Las madres inculcaban toda una serie de modales a sus hijas.

Una mujer debía ser humilde, complaciente y respetuosa, hablar abriendo apenas los labios, reír sin hacer ruido, no levantar nunca la voz, ocultarse para mirar hacia el exterior, no beber alcohol, no salir de noche... Estas reglas constituían el acervo de virtudes morales, complementarias de la belleza física, consideradas importantes: permanecer siempre en un segundo plano, no hablar de los méritos propios, no disculpar las propias faltas, soportar los reproches sin tratar de defenderse, mostrar siempre una gran circunspección...

Esta educación ideal impedía el desarrollo de la personalidad de la mujer, pero la capacitaba perfectamente para integrarse en las estructuras familiares de la sociedad tradicional.

La sumisión femenina

Una joven que había recibido esta educación estaba dispuesta a respetar los principios de la fórmula clásica: tres obediencias, cuatro virtudes. Las tres obediencias son las que la muchacha debe a su padre, la mujer casada a su marido y la viuda a su hijo. Las cuatro virtudes se refieren a las obligaciones para con los suegros, el respeto al marido, las buenas relaciones con las cuñadas y con los vecinos.

La obediencia permanente de la mujer al hombre se deriva de la concepción cósmica tradicional china: el Yin (principio femenino) está siempre subordinado al Yang (principio masculino), al mismo tiempo que está unido a él y lo

complementa. Confucio expresa este orden inmutable en un precepto: “El hombre es a la mujer lo mismo que el sol a la luna. El dirige, ella lo sigue; y es así como reina la armonía.”

La obediencia absoluta al padre se manifestaba en el casamiento al igual que en todo lo demás, y la joven debía aceptar como esposo al hombre que él hubiera elegido sin que pudiera rechazar ese enlace. “Casada con un gallo, ha de seguir al gallo; casada con un perro, ha de seguir al perro”, dice un refrán. Tampoco gozaba el hombre de libertad en este ámbito. Si la muchacha no era de su agrado, pero sí del de sus padres, que estimaban que les “servía a la perfección”, estaba obligado a cumplir sus deberes de esposo hasta el fin de sus días. Por el contrario, si a él le gustaba pero no a sus padres, tenía que repudiarla.

La joven tenía tantas obligaciones para con sus suegros como para con sus propios padres. Con frecuencia ocupaba el escalón más bajo de la jerarquía familiar y debía trabajar como sirvienta, sobre todo en el campo y en las familias modestas. A veces, cuando la situación era intolerable, no le quedaba otra salida que el suicidio o la fuga.

Así las cosas, es fácil imaginar la importancia que se concedía a la virginidad femenina. El descubrimiento de que una recién casada no era virgen justificaba la anulación del matrimonio, situación que se consideraba particularmente escandalosa. El himen de las doncellas suponía buena parte de su valor comercial, y la virginidad era un elemento capital de la virtud.

El matrimonio no es entonces en la sociedad china tradicional la unión de dos personas, sino un asunto de familia, decidido muchas veces desde el nacimiento mismo de los hijos y que no debe depender nunca de una elección personal y afectiva, actitud que sólo suscita desprecio. Incluso cuando unos novios han tenido relaciones clandestinas antes del matrimonio, la familia de ella puede prometerla a otro. Como en cualquier lugar del mundo, también en China pueden darse historias de amor, pero en tiempos de los Ming y de los Qing los fugitivos eran perseguidos por la ley y obligados a someterse. En el caso de que uno de ellos muriera, la decencia exigía que el otro se matara. La leyenda de Liang y Tso, homólogos chinos de Romeo y Julieta, es el ejemplo típico de los amantes muertos por amor.

La mujer de un solo hombre

La joven se integraba plenamente al casarse en el grupo familiar del marido, y su principal deber consistía en darle un hijo. La incapacidad de procrear un hijo varón es para el confucianismo una falta muy grave, pues frustra al marido e impide que el linaje se perpetúe, de modo que, cuando se daba el caso, el hombre podía tomar una segunda esposa que garantizara la continuidad de la familia. La primera esposa conservaba, no obstante, su posición jerárquica, y la segunda estaba subordinada a ella. Los hijos nacidos de esta se-

gunda unión se “adjudicaban” a la primera mujer, única legítima.

Si la mujer enviudaba, se esperaba de ella que permaneciera fiel a su difunto marido. Una mujer decente es la mujer de un solo hombre. Se admira a la viuda virgen que se ha desposado con el espíritu de su novio, muerto antes de haber consumado el matrimonio:

El hombre ha pasado como el rocío de la mañana

La mujer se queda con la escarcha de la noche.

El río fluye sin fin

Y el pájaro abandonado sufre una congoja eterna.



Sin embargo, un proverbio reconoce que “guardar la virginidad es fácil, pero guardar la viudez es difícil”. Por ello, al cabo de tres años de luto la viuda podía aspirar a contraer nuevas nupcias. La familia política se encargaba entonces del contrato de matrimonio y recibía los regalos del nuevo esposo como justa compensación de los que se habían hecho con motivo de la boda anterior. También podía suceder que los suegros casasen a la novia o la esposa de su hijo fallecido con un joven sin fortuna y adoptasen al hijo de ese segundo matrimonio.

De ese modo fue perpetuándose a lo largo de los siglos la familia confuciana, y sólo a finales del siglo XIX empezaron a rebelarse millares de mujeres contra su condición de esclavas. ■

Toda la familia en una sola bicicleta.



Linaje y tradición



LA
FAMILIA
PASADO
Y PRESENTE

AFRICA



El jefe Togo y sus descendientes en Ouahigouya (Burkina Fasó).



Reina madre ashanti. Esta escultura en madera negra patinada, de 40 cm de altura, se colocaba en el altar de los antepasados.

POR MANGA BEKOMBO PRISO

Las legislaciones modernas al favorecer el individualismo debilitan la cohesión comunitaria. Pero la familia africana perdura... sin dejar por ello de evolucionar.

EN la familia occidental moderna, los hijos no pertenecen jurídicamente a la familia del padre ni a la de la madre: son, ante todo, hijos de una pareja. En África, en cambio, la tradición más común es la de la filiación lineal, según la cual los vástagos están emparentados con uno u otro de los grupos familiares aliados, de modo que el padre y la madre no son miembros de la misma familia a la que pertenecen sus hijos.

Existen dos sistemas principales de filiación —materna o paterna— pero a veces el número de interferencias es tal que cabe hablar de sistemas bilineales.

Bajo el régimen de filiación materna se encuentran algunas sociedades, poco numerosas (por ejemplo los senufos de la Côte d'Ivoire y de Burkina Fasó), que desconocen el matrimonio institucional y practican lo que un europeo denominaría "concubinato notorio"; también, en un área cultural mucho más extensa (Côte d'Ivoire, Ghana, Nigeria y la cuenca del Congo), existen sociedades en las que se reconoce el matrimonio, y la mujer sale de su casa para establecerse en la del marido o en la del padre de éste. En tal caso, es el hermano de la madre, y no el progenitor, quien es considerado el auténtico padre de los hijos.

Las sociedades de filiación paterna son, con gran diferencia, mucho más numerosas, y a ellas se referirá el presente artículo. Contrariamente a las sociedades modernas, que tienden a anteponer el vínculo natural, biológico, la tradición africana da prioridad al vínculo social contractual y destaca el concepto de "función" parental, que pueden ejercer varias personas distintas.

Así, pueden ser consideradas como "madres" todas las hermanas de sangre o mujeres del mismo grupo de edad que la madre biológica, y los niños llaman "padre" a los amigos íntimos de éste y a todos sus tíos. Los individuos del clan paterno o materno, así como todas las demás esposas del padre, comparten los derechos y las obligaciones en relación con el niño.

Además de la importancia de los lazos entre el niño y el tío materno y entre hermano y hermana, hay que destacar el carácter particularmente afectuoso, "amistoso", de la relación entre abuelos y nietos. El nieto es el reflejo del abuelo

MANGA BEKOMBO PRISO, socióloga camerunesa, ha efectuado trabajos de investigación, en particular sobre la organización del linaje y los procesos de desarrollo en África, en el Centro Nacional de Investigaciones Científicas de Francia (CNRS) y en el Laboratorio de Etnología y de Sociología Comparada de la Universidad de París X. Ha publicado, entre otros estudios, *Famille, hiérarchie et succession chez les Dwala* (Familia, jerarquía y sucesión entre los Dwala, 1984) y *La famille et le développement en Afrique* (La familia y el desarrollo en África, Unesco, 1988).

y, como tal, se convierte en el “maridito” de su abuela; igualmente la niña que se llama como su abuela paterna se convierte en la “madre” de su propio padre. Estos lazos distan de ser un mero juego, pues todos los familiares adoptan actitudes que responden al estatuto de los personajes que encarnan los pequeños.

La estrategia del matrimonio

El matrimonio tiene varias fases. Para empezar, el jefe de un grupo ofrece al del clan de la futura esposa diversos servicios o presentes (comestibles, objetos), entre los cuales hay uno particularmente valioso, impropriamente llamado dote, y recibe a cambio a la doncella escogida. A continuación, el primer grupo designa al joven que la desposará, y el segundo decide quién recibirá la dote que le permitirá a su vez conseguir una mujer.

En virtud de la dote entregada, el clan del novio tendrá el derecho de paternidad sobre los hijos fruto de ese matrimonio. El grupo de la esposa obtiene en compensación un derecho de extensión territorial y de intervención en los asuntos del clan aliado por conducto de la recién casada. El beneficiario de la dote suele ser un hermano de la novia, en general el hermano uterino más próximo en edad, y si no tiene hermanos, otro hijo del padre o un primo.

El hermano que recibe la dote mantendrá relaciones preferentes con los hijos de su hermana. Su propia esposa, comprada con esa dote, deberá mostrar una gran sumisión a su cuñada, gracias a la cual ha podido casarse. En algunas sociedades de la región central del Camerún, las dos cuñadas son consideradas como marido y mujer y se llaman mutuamente así.

La recién casada se instala en el territorio del clan del marido, casi siempre en las tierras del padre donde el hijo puede tener sus chozas. La recibe su suegra, que se encargará de perfeccionar su educación y de iniciarla en las costumbres de la familia y, más tarde, la declarará apta para ocuparse personalmente de su “cocina”.

La suegra utiliza para designar a su nuera la misma palabra con la que designa a una coesposa subordinada a ella. Las coesposas de esta categoría pertenecen por derecho a las fundadoras del hogar, que suelen ser las dos primeras mujeres que entraron en el territorio del clan. Su aspiración consiste en dar origen a una progenie, o incluso a un linaje, con su nombre propio, para lo cual deben reunir el mayor número posible de muchachas que traigan al mundo muchos niños; éstas son las nueras y otras mujeres que por lo general proceden de la misma aldea que las esposas ya instaladas, que son quienes las llaman para entregarlas a su marido.

El hombre procura por su lado conseguir otras mujeres para que se ocupen del hogar. Ahora bien, la poligamia interesa tanto al marido como a su compañeras y, más que un signo del poder o de la riqueza del hombre, es un modo de reproducción social.



En la familia africana, “la tradición da prioridad al vínculo social contractual y destaca el concepto de ‘función’ parental que pueden ejercer varias personas distintas.”

La familia en el futuro

Entre el 20 y 23 de febrero de 1989 se celebró en la Universidad de Túnez una reunión organizada conjuntamente por la Unesco y por el Fondo de las Naciones Unidas para Actividades en Materia de Población (FNUAP) acerca del siguiente tema: "El porvenir de la familia en el Oriente Medio y en Africa del Norte". Posteriormente se realizarán otras cuatro consultas sobre la cuestión, en la perspectiva del Año Internacional de la Familia, tema que será propuesto para 1994 a la Asamblea General de las Naciones Unidas, en Nueva York, a fines del presente año.

VEINTICUATRO participantes y cuarenta y ocho observadores que representaban a numerosos países de la región, a diversas categorías sociales (profesores, médicos, periodistas, cineastas) y a diferentes disciplinas universitarias (historia, sociología, economía, pedagogía) debatieron ampliamente el tema del porvenir de la familia.

La reunión llegó a las siguientes conclusiones: de Mauritania al Pakistán, a través de los espacios culturales árabe, iraní y turco, en esta región sigue predominando en gran medida el modelo de familia endogámica, autoritaria, altamente jerarquizada y fuertemente integrada, es decir una institución global, un "fenómeno social total".

Sin embargo, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, y gracias al contacto con la colonización europea, ese modelo ha experimentado un vuelco socioeconómico importante que ha hecho más flexibles y ha diversificado los tipos familiares en función de su grado de integración en la vida moderna.

Dos temas merecieron especial atención: las migraciones familiares y las relaciones hombre-mujer. Se estimó que la migración, al igual que los medios de comunicación de masas y el turismo, ha sido un factor esencial de aculturación. En las familias de emigrados se observa un doble proceso: una lenta desintegración en su país de origen y una adaptación al país de acogida cuando se reagrupan en él.

En cuanto a las relaciones hombre-mujer, la reunión tomó nota de la evolución que se registra en las prácticas relacionadas con la elección del cónyuge, la edad del matrimonio y las condiciones del divorcio, evolución que tiene importantes consecuencias psíquicas e incluso patológicas.

Los participantes en su mayoría estuvieron de acuerdo en los siguientes puntos: existe una transformación lenta pero constante de la familia; ésta seguirá siendo sin duda la célula básica de la sociedad; la familia nuclear de tipo occidental no constituye forzosamente un modelo que es necesario seguir.

Es muy posible que los cambios que se producen actualmente en la familia no siempre sean perceptibles desde el exterior y que se tenga a veces la impresión superficial de que existe una continuidad rígida respecto de un estado de cosas tradicional. Pero la profunda transformación de las costumbres y de las representaciones se mantiene, suscitando a veces tensiones que estallan sea en las conciencias individuales, sea en el plano colectivo. ■

La poligamia permite conciliar dos objetivos aparentemente opuestos: al mismo tiempo que es la expresión del ascenso del hombre en la jerarquía social (el más envidiado es el que se encuentra al frente de la comunidad más numerosa), tiende a dividir esa comunidad en hogares matrifocales prácticamente autónomos (progenies emparentadas con sus fundadoras respectivas).

En la tradición africana el matrimonio tiene una gran importancia social, ya que permite que se reproduzcan las unidades que integran la sociedad y que los grupos e individuos lleven a cabo una compleja estrategia. La mujer cumple una función de primer orden en este proceso, pues es la que reúne y controla a las demás mujeres que rodean al hermano, al hijo o al marido.

La comunidad y los hogares

La familia africana, fruto de todas estas interacciones, es muy numerosa y puede tener entre cincuenta y cien miembros que comparten un mismo espacio doméstico. Los varones de esta comunidad constituyen un subgrupo organizado jerárquicamente en función de la posición social y de la cronología de los nacimientos, si bien existe una conciencia colectiva de la igualdad de todos los miembros que se reconocen como descendientes de un mismo antepasado.

El grupo de las mujeres está integrado por las jóvenes solteras y las viudas pertenecientes al linaje, por un lado, y, por otro, las mujeres que han pasado a formar parte de la comunidad por el matrimonio. El subgrupo femenino se rige por una jerarquía que se basa en la edad y también, para las casadas, en el orden de llegada y en el estatuto que el ritual de la boda determina.

Así pues, los adultos se subdividen en el grupo masculino, unido por relaciones de parentesco, y el de las mujeres, que proceden de familias distintas pero se sienten unidas por un mismo deber de solidaridad dentro del grupo que las ha recibido.

Los hijos seguirán derroteros diferentes según el sexo: los varones, sin desplazarse, se encargarán de perpetuar el linaje; las hijas abandonarán el hogar para fundar nuevas castas, aunque no por ello romperán con sus padres, pues la mujer es siempre una extraña en la familia del marido, pero mantiene estrechas relaciones con su grupo de origen para con el cual conserva obligaciones y privilegios.

La mujer pasa prácticamente tanto tiempo con sus padres como en su nuevo grupo y goza de una gran independencia frente a su marido. Aunque éste puede repudiarla por mala conducta o esterilidad, también ella puede decidir dejarlo por inseguridad o por incompatibilidad con el tipo de vida, en cuyo caso corresponde a su padre y a sus hermanos asumir las consecuencias.

La mujer fundadora de un hogar es considerada madre de todos los hijos nacidos en él, aunque sean de las esposas secundarias. Los hijos ocupan un lugar en la jerarquía según el orden

TIERRAS DE ESPERANZA

ORCHIDEES, l'Agence d'Images du Monde (Agencia de Imágenes del Mundo), propone al público una serie inédita de películas de vídeo *Terres d'espoir* (Tierras de Esperanza), realizada con el apoyo de la Unesco. Esta colección de diez documentales, rodados entre 1984 y 1988, propone un viaje por once países (Benin, Burkina Faso, Camerún, Congo, Filipinas, Ghana, Malí, Mauricio, Senegal, Tailandia, Viet Nam). Para obtener la colección se ruega dirigirse a ORCHIDEES, L'Agence d'Images du Monde/The World Picture Agency, BP 043, 94200 IVRY, FRANCIA. Teléfono : (33.1) 46.71.82.53

cronológico del matrimonio y la importancia del ritual conforme al cual se ha fundado el nuevo hogar. La autonomía de éste aumenta con la edad del hijo mayor, presunto sucesor del padre, y con la llegada de nuevas esposas y de otros hijos. El primogénito será el amo del hogar del que su "madre" es el ama.

El hogar es, pues, un espacio delimitado y reservado en el que la madre, el hijo y el hermano de la madre ocupan los puestos más destacados.

La tradición amenazada

El parentesco rige la totalidad de las relaciones sociales en las sociedades tradicionales africanas, también en el sector económico, incluso al cabo de decenios o de siglos de contacto con el mundo exterior. La pervivencia de este fenómeno es motivo de sorpresa para los especialistas en ciencias sociales que aplicaban a la evolución de estas sociedades esquemas inspirados en la historia de Europa, según los cuales debía producirse una transformación profunda a causa de la tímida industrialización, la urbanización acelerada, la escolarización, la cristianización y el ingreso de los

países africanos en el orden político y económico mundial, factores todos ellos que tenían que alterar la estructura familiar.

No obstante, la mentalidad y las viejas usanzas no han desaparecido, sino que se han adaptado a las condiciones de la vida moderna. La autoridad de los vínculos de parentesco sigue siendo más fuerte que la del Estado. La poligamia persiste, aunque de forma más discreta (dispersión de las esposas en lugares distintos). Las reglas del sistema de filiación monolineal se siguen aplicando a pesar de que las legislaciones modernas sólo reconocen la familia constituida por los dos cónyuges y sus hijos.

No hay que olvidar que la ideología moderna, cuyo valor cardinal es el individuo, tropieza con las tradiciones africanas para las que la comunidad es el elemento clave de toda identidad. El individualismo ha calado profundamente en múltiples disposiciones jurídicas y su esfera de aplicación preferente ha sido la instauración de la propiedad individual.

El paso del derecho de ocupación de la tierra por la comunidad familiar a la propiedad individual y privada ha reducido la cohesión del grupo.

Construcción de una pequeña presa en Burkina Fasó. Los ancianos discuten según su costumbre reunidos bajo un árbol y reparan algunas herramientas.



El primogénito no se contenta ya con administrar un patrimonio territorial común; siente la tentación de adueñarse de él poniendo el título de propiedad a su nombre. Se arriesga así a verse envuelto en un pleito largo y complicado que lo enfrenta a sus hermanos y hermanas y que muchas veces da lugar a un fraccionamiento del patrimonio en parcelas excesivamente reducidas o a su liquidación por venta. Estos procesos frecuentes provocan la ruptura del vínculo antaño indestructible que unía entre sí a los miembros de la comunidad y los remitía a un antepasado común.

Por otra parte, la aparición del Estado moderno, de carácter centralizador, conlleva la eliminación de las funciones propias del jefe de la estirpe. La transmisión de los títulos y cargos pierde interés en beneficio de la transmisión de los bienes legados por herencia. Cobra así importancia la distinción entre los hijos biológicos legatarios y los hijos del hermano (en las sociedades patrilineales) o de la hermana (en las sociedades matrilineales).

La nueva familia africana

De este modo se va reforzando el proceso de individuación, con el consiguiente estallido de la unidad familiar tradicional, que no se transforma, sin embargo, en familias poco numerosas de corte occidental, sino más frecuentemente en familias monoparentales constituidas unas veces en torno al padre y otras en torno a la madre. Al movimiento de singularización del individuo se opone su necesidad de integrarse en un sistema de solidaridad que casi siempre es el del linaje. La reconciliación se produce a veces a costa de largas explicaciones. Es frecuente también que el individuo se afilie a asociaciones basadas en la edad o en la categoría social y que prestan apoyo psicológico y asistencia social a sus miembros.

Este puñado de ejemplos pone de manifiesto los límites del cambio sociofamiliar. Para explicar esta resistencia se puede recurrir al rechazo latente de la ideología individualista o a las limitaciones del poder del Estado. Cabe pensar, por otra parte, que de la confrontación de la ideología occidental y los valores sociales tradicionales están surgiendo estructuras familiares originales, modeladas por un medio sometido a rápidas transformaciones. ■



A la salida de la escuela, cerca de Addis Abeba, en Etiopía.

De la *Ie* a la familia

Empresa económica más que comunidad de sangre, la familia tradicional japonesa ha evolucionado considerablemente en las últimas décadas. Sus miembros gozan de mayor autonomía, pero el debilitamiento de los lazos familiares no deja de plantear problemas.

CON el término *Ie* se designa la familia japonesa de corte tradicional pero con un enfoque amplio y original que engloba al mismo tiempo la estructura de la familia, los lazos que unen a sus miembros, su patrimonio y las actividades vinculadas a éste.

Dicha célula familiar de base consta normalmente de un hijo, por lo general el mayor, que sigue viviendo con sus padres después del matrimonio, de sus propios hijos y también de sus hermanos y hermanas solteros de ambos sexos. Pero la *Ie* incluye asimismo a los ascendientes desaparecidos y a los descendientes futuros. La continuidad de la familia depende en buena medida de la salvaguardia de la base material que garantiza su estatuto social y su modo de vida. A menudo se define a la familia japonesa como una familia-empresa porque su supervivencia está íntimamente ligada al mantenimiento de sus actividades; el patrimonio es tan importante como la continuidad del linaje, y aun más que la prosperidad o inclusive la vida y la muerte de los miembros del hogar.

La *Ie* se basa ante todo en los lazos de parentesco, en particular con los padres y los antepasados. El primogénito tiene, a menudo de modo exclusivo, la responsabilidad de perpetuar la *Ie*. Al contraer matrimonio, los menores habrán de fundar a su vez otras *Ie*. En principio, estas últimas siguen dependiendo de la rama principal, pero en la práctica adquieren rápidamente autonomía y sus fundadores se convierten en los antepasados de nuevas *Ie*. Sólo permanecen ligadas las familias que están unidas por poderosos intereses financieros o las que viven en el mismo barrio; son pocos los japoneses que conocen bien a su familia colateral y ocurre a menudo que alguien sea incapaz de citar los nombres de sus ocho bisabuelos.

La mujer al servicio de la Ie

En este modelo de organización, la función de la mujer consiste fundamentalmente en dar herederos a la familia de su marido; cuando la unión resulta estéril, la esposa debe regresar a la casa de sus padres y hay que pensar entonces en adoptar



La hora de la comida en una casa japonesa moderna.



LA
FAMILIA
PASADO
Y PRESENTE

JAPÓN

un varón. Toda la educación de la mujer apunta a prepararla para servir al linaje de su marido. A comienzos del siglo XVIII, el moralista Kaibara Ekiken definió los principios que deben regir la conducta de la mujer, que pueden resumirse en los siguientes puntos:

- Cuando una mujer entra en la casa de su marido, debe ajustarse a las enseñanzas de sus padres: servir a sus suegros y ser siempre amable con ellos. Sus padres no deben, por exceso de ternura, permitir que sea caprichosa ni autorizarla a tener voluntad propia.
- Una mujer debe respetar a los hermanos y hermanas de su marido.
- Debe ser prudente y estricta en su propio comportamiento; debe levantarse temprano y acostarse tarde, y durante toda la jornada su atención ha de concentrarse en el hogar.
- No debe frecuentar lugares públicos antes de haber cumplido cuarenta años.
- Su conducta ha de ser digna y razonable ya que, en caso contrario, podría destruirse el hogar.
- Aunque esté rodeada de servidores debe ocuparse personalmente de todo pues tal "es la ley de la mujer".

Corresponde así a la mujer la dura labor de mantener la paz y el buen funcionamiento de la casa; debe supeditar su propia personalidad al cumplimiento de las leyes de la familia.

Contrariamente a la condición subalterna de la mujer, el jefe de familia goza de amplios poderes; tiene derecho a borrar del registro familiar (*Koseki*) a los miembros que puedan perjudicar

a la *Ie*. A partir de fines del siglo XIX, el patrimonio le pertenece por derecho propio. Ningún miembro de la familia, ni siquiera los adultos, puede firmar un contrato sin su autorización. Ahora bien, su poder, que a primera vista parece desmesurado, descansa en realidad en un profundo consenso en el seno de la familia.

El jefe de familia

Como contrapartida, el jefe de familia no está exento de responsabilidades; puede ser destituido si se muestra incapaz de administrar el patrimonio. Así, las "Instrucciones para el jefe de familia" de un vendedor de kimonos de Kyoto precisan: "Ni siquiera el jefe de familia puede descuidar su trabajo levantándose tarde, saliendo con frecuencia por las noches o entregándose a los juegos de azar. En caso de que así ocurra, los empleados de más edad, que son responsables, deben informar a los parientes. Tras una evaluación del capital y de los bienes familiares, el jefe de familia recibirá una compensación y deberá abandonar la dirección de la empresa familiar." El fundador de otra familia de Kyoto afirma: "Si alguno de mis posibles sucesores comienza a despilfarrar fondos y si nada indica que es un heredero digno de confianza de la empresa familiar, la familia, después de consultar a los parientes, le dará el 5% del patrimonio y creará para él una sucursal. Después de esta separación se elegirá una persona segura que se haga cargo de la sucesión."

Foto de los años treinta que representa a un grupo de mujeres japonesas preparando la comida familiar.



Aunque se aplica un sistema hereditario, se puede desheredar al jefe de familia o a cualquier otro pariente indeseable. Para la *Ie* la continuidad es tan importante que suele recurrirse a la adopción de un nuevo miembro que se incorpora a la familia.

El fundamento de la nación

Es evidente que la *Ie* tradicional es una institución socioeconómica más que una comunidad de sangre. El jefe de familia se asemeja mucho a un director de empresa. En caso de sucesión, la empresa no concede necesariamente prioridad absoluta al "hijo de su sangre". Lo que importa es que la encabece un director competente.

El sistema de la *Ie* es muy antiguo. Sus orígenes se remontan al siglo XI, pero sólo se consolidó y oficializó verdaderamente bajo el shogunato Tokugawa, en parte por influencia de las doctrinas de Confucio. Muy pronto la organización de tipo *Ie* dejó de darse exclusivamente en la casta de los samurais y entre los comerciantes y agricultores adinerados, convirtiéndose en un modelo para todas las familias japonesas. La *Ie* pasó a ser el fundamento mismo de la nación y uno de los principales elementos de la identidad japonesa.

La *Ie* recibió fuertes críticas después de la Segunda Guerra Mundial y se la acusó de justificar el militarismo y de oponerse a la democratización; sin embargo, la noción que la sustenta sobrevivió en las grandes empresas, aunque despojada de sus connotaciones políticas e ideológicas.

La familia en el Japón contemporáneo

La familia japonesa ha evolucionado considerablemente desde la aplicación de la Constitución de 1946. Aunque la *Ie* tradicional aun subsiste, las nuevas estructuras jurídicas han favorecido el desarrollo de las familias nucleares (63,4 por ciento en 1970) al conceder la igualdad de derechos al hombre y a la mujer e imponer la distribución del patrimonio entre los hijos. Las transformaciones industriales y urbanas de la postguerra reforzaron esta tendencia. En la actualidad, las familias son mucho más reducidas; generalmente tienen sólo uno o dos hijos, las generaciones viven separadas y los hijos, incluso los solteros, adquieren rápidamente su autonomía.

En los últimos años esta evolución se ha acelerado como resultado del aumento del número de empleos y de la consiguiente movilidad. Este proceso se inició sobre todo entre los jóvenes trabajadores rurales, que se marchaban hacia los centros industrializados. Más tarde, numerosos jefes de familias rurales se emplearon temporalmente en centros urbanos en rápida expansión, dejando la tierra al cuidado de la esposa y de los hijos; los empleos transitorios no tardaron en convertirse en permanentes. De este modo, es común que un jefe de familia esté ausente de su casa la mayor parte del año. Estos cambios no afectan sólo a los trabajadores manuales; la expansión económica exige cada vez más el traslado de profe-



Un grupo de hombres reunidos en un restaurante japonés. A causa de sus compromisos de negocios, los padres japoneses suelen estar ausentes de la mesa familiar más a menudo que en el pasado.

“Muchas personas de edad viven con sus hijos, en tanto que antes eran estos últimos quienes habitaban en casa de sus padres.” Abajo, un niño japonés toca un instrumento para distraer a su abuelo.



*En las familias actuales
reducidas a dos
generaciones el vínculo
entre la madre y los hijos
es cada vez más estrecho.*



sionales a lugares donde se realizan nuevos proyectos.

Para las familias resulta muy difícil seguir al padre en sus numerosos desplazamientos; encontrar un alojamiento plantea serios problemas y las mudanzas reiteradas son perjudiciales para los niños y sus estudios.

El fenómeno conocido como *tanshin bunin* (traslado sin parientes) es hoy en día un rasgo característico de la familia japonesa pero también una fuente de dificultades. Para el jefe de familia, su vinculación con la empresa puede en cierto modo reemplazar a la *ie* (empleo vitalicio, pertenencia a una comunidad, preocupación por su prosperidad y su perpetuidad), pero debe en cambio sufrir el debilitamiento de los lazos familiares. Muchos hombres sólo ven a sus familias el fin de semana, lo que es sin duda una de las causas de las depresiones, la tensión y el alcoholismo que afectan a tantos de ellos.

La mujer solitaria

El sufrimiento de la esposa no es menor que el del marido. Su aislamiento se va intensificando; su esposo, aun cuando viva en el domicilio conyugal durante la semana, sale temprano por la mañana y regresa tarde por la noche; el hijo pasa el día en la escuela o vuelve a salir por la tarde al *juku* (curso privado complementario). Para compensar esta soledad, numerosas esposas buscan un trabajo o se incorporan a las actividades de grupos culturales.

La relación madre-hijo también se modifica; entre ellos se establecen lazos estrechos y exclusivos. Como consecuencia de la disminución de la natalidad, los niños encuentran menos compañeros de juego en el vecindario y casi nunca en el hogar. Privados de relaciones con jóvenes de su edad, buscan refugio en la compañía de sus madres. En las familias numerosas de antaño, el vínculo psicológico con la madre era sólo uno de los modos de relación con la familia; los niños formaban una sociedad dentro del grupo familiar y les era menos difícil marcharse del hogar. Ahora, la separación de la madre y el hijo es muy penosa para ambos. La preocupación principal de la madre es el éxito o el fracaso escolar de su hijo. Hace cuarenta años un niño que llegara a la escuela secundaria acompañado de su madre habría causado la hilaridad general. Actualmente muchas madres llevan a sus hijos no sólo a la escuela sino también a la universidad. Los periódicos ironizan sobre algunas madres que acompañan a su hijo hasta la entrada de la empresa el primer día de trabajo.

Paralelamente, el envejecimiento de la población tiene otro tipo de repercusiones. En el Japón tradicional, la esperanza de vida fue durante mucho tiempo de 50 años; en 1982 era de 75 años para los hombres y de 80,5 años para las mujeres. En 1930 la mayor parte de los padres morían antes de que su hijo menor hubiera terminado sus estudios universitarios. La madre no sobrevivía mucho tiempo al jefe de familia. En la actualidad, cuando el menor ha terminado sus estudios, al padre suelen quedarle todavía veinte años de vida

y a la madre treinta. Generalmente los padres no están preparados, ni desde el punto de vista psicológico ni financiero, para la partida de sus retoños. Esta situación no tiene precedentes y no existe ningún modelo cultural que permita afrontarla. Será necesario buscar nuevos mecanismos que permitan a los ciudadanos de más edad participar verdaderamente en la vida activa, asumir sus responsabilidades sociales y definir su nueva identidad. No existe ninguna respuesta concluyente frente a este nuevo problema social.

Muchas personas de edad viven con sus hijos, en tanto que antes eran estos últimos quienes habitaban en casa de sus padres. Como el sistema jurídico vigente distribuye la herencia de los ascendientes por partes iguales, hay que decidir cuál de los hijos acogerá a los padres. Además, la pareja promedio dispone rara vez del espacio y de los medios necesarios para hacerlo. Y es frecuente que la familia nuclear sufra una crisis cuando hay que hacerse cargo de la atención médica de las personas de edad.

La ruptura del vínculo

Esta crisis se expresa también en los usos relativos a la organización de las comidas. Antiguamente eran auténticos rituales que fortalecían la cohesión del grupo; actualmente esta función esencial está desapareciendo y en la mayor parte de los hogares las comidas no se toman en común. Cerca del 60% de los padres no participan en los desayunos y el 30% están ausentes a la hora de la cena. Generalmente, la madre almuerza sola en la casa. La situación descrita afecta sin duda al vínculo psicológico que une a los miembros de la familia.

Del mismo modo, la evolución de los medios y los aparatos de comunicación de masas no favorece el espíritu comunitario. La familia ya no es un lugar de intercambio de información. Así, con la proliferación de canales, el aumento de la tele-distribución y la diversificación de los programas, mirar la televisión se ha convertido en un acto individual. Cada miembro de la familia dispone de varias fuentes específicas de información y las comparte cada vez menos con los demás.

Sin embargo, es probable que se trate de un periodo transitorio y que aparezcan nuevos tipos de comportamiento. Por ejemplo, comienzan a multiplicarse las viviendas "para dos generaciones", donde los padres ancianos y los hijos pueden convivir conservando a la vez su independencia. También es plausible que los vínculos familiares se vuelvan a estrechar gracias al auge que han cobrado las fiestas tradicionales, en que las distintas generaciones cumplen una función determinada. ¿Es entonces posible que se esté forjando un nuevo modelo cultural? ■



KURIMOTO KAZUO, japonés, es funcionario del Sector de Educación de la Unesco, donde se ocupa principalmente de la administración y la gestión de la educación.

Un enfoque flexible de los

¿Puede sostenerse que en Europa el matrimonio convencional se bate en retirada? En todo caso, está siendo desplazado cada vez más por nuevas formas de vida familiar que surgen de una aspiración a la felicidad en pie de igualdad.

MARINA, que cuenta 33 años de edad, tiene una hija de 5, Sara, y espera un nuevo vástago del que ya sabe que será varón. Después de unos comienzos difíciles, sin dinero y con escasas relaciones, su tenacidad e inteligencia, y una modesta subvención del ministerio de Cultura, le permitieron crear su propia compañía de teatro, en la que todo lo decide: repertorio, organización de las giras en Francia y por el extranjero, contratación y formación del personal necesario.

Marina no está casada, pero cuando emprende una gira, deja a su hijita ya con el padre de la niña, Michel, ya con Jean, que es el padre del bebé que está esperando, pero con quien no convive. Su amistad con Michel ha sobrevivido no sólo a la ruptura de la pareja, sino también a la nueva relación amorosa de Marina con Jean.

Entre los dos hombres no existe el menor sentimiento de celos y ambos se las arreglan perfectamente para quedarse con Sara en ausencia de su madre. Según sus posibilidades, también secundan a Marina cuando ella da un espectáculo en París o sus alrededores, donde pueden desplazarse fácilmente una vez cumplidas sus propias obligaciones.

¿Cuántos hombres y mujeres han logrado en Europa una situación de equilibrio tras romper, como Marina, con las convenciones que hacen de la cohabitación el criterio básico de la existencia de la pareja, y del sacrificio de la vida profesional de una mujer la condición de su felicidad? Al parecer, van en aumento. Pero antes de examinar esos "nuevos estilos de vida familiar", como se los denomina, veamos la situación general de la familia en el Viejo Continente.

Según una encuesta efectuada en doce países europeos, tanto del Este como del Oeste, en los hogares de parejas casadas, la esposa sigue consagrando más horas que el marido a las tareas domésticas y educativas. Así, en Francia y en el Reino Unido las mujeres que permanecen en su casa emplean diariamente en este tipo de tareas un tiempo cuatro a cinco veces superior al que les

destinan sus cónyuges; e incluso cuando ejercen una actividad profesional les consagran tres veces más tiempo que los hombres. Las cifras son idénticas en numerosos países de Europa del Este.

Las horas que los miembros de la pareja dedican a tareas domésticas y educativas aumentan, como es lógico, cuando hay hijos. Pero el tiempo que les destina el marido no guarda proporción con el empleado por la esposa. Ciertamente, la participación masculina es mayor cuando la mujer ejerce una actividad profesional, pero se trata sólo de una "ayuda", en modo alguno de un reparto equitativo.

El marido asume la responsabilidad económica del hogar

Aunque el 43% de las mujeres europeas casadas desempeñan una actividad profesional, ese porcentaje es netamente inferior al de los hombres casados que, según los países, oscila entre el 78 y el 90%. El papel de sostén económico de la familia recae más frecuentemente en los maridos que en sus esposas, quienes, por otra parte, obtienen salarios o ingresos bastante inferiores. El trabajo a tiempo parcial es mucho más frecuente en el caso de las mujeres que en el de sus maridos. En algunos países (Reino Unido, Irlanda, Países Bajos, y República Federal de Alemania) el tener hijos de corta edad reduce diez veces las posibilidades que una mujer tiene de ejercer una actividad profesional; en otros (Francia, Italia, Bélgica y Dinamarca), lo determinante es el número de hijos, pero no su edad.

Las actitudes respecto del reparto de las funciones dentro de la familia evolucionan con suma lentitud, a pesar de los progresos registrados en los últimos años. En 1987 el 41% de los europeos se declaraban favorables a una familia en la que ambos cónyuges ejercieran una actividad profesional que los absorbiera por igual y en la que las tareas domésticas y el cuidado a los hijos se compartieran equitativamente. Al mismo tiempo había un 29% de partidarios de una familia en la que la profesión de la mujer exigiera menos dedicación que la del marido, mientras que quienes se pronunciaban por la actividad profesional exclusiva del hombre representaban un 25%.

Búsqueda de la felicidad y nuevos estilos de vida familiar

Este reparto aun tradicional de papeles entre los sexos, dentro de la familia, no parece satisfacer a la totalidad de los europeos, que, en proporción

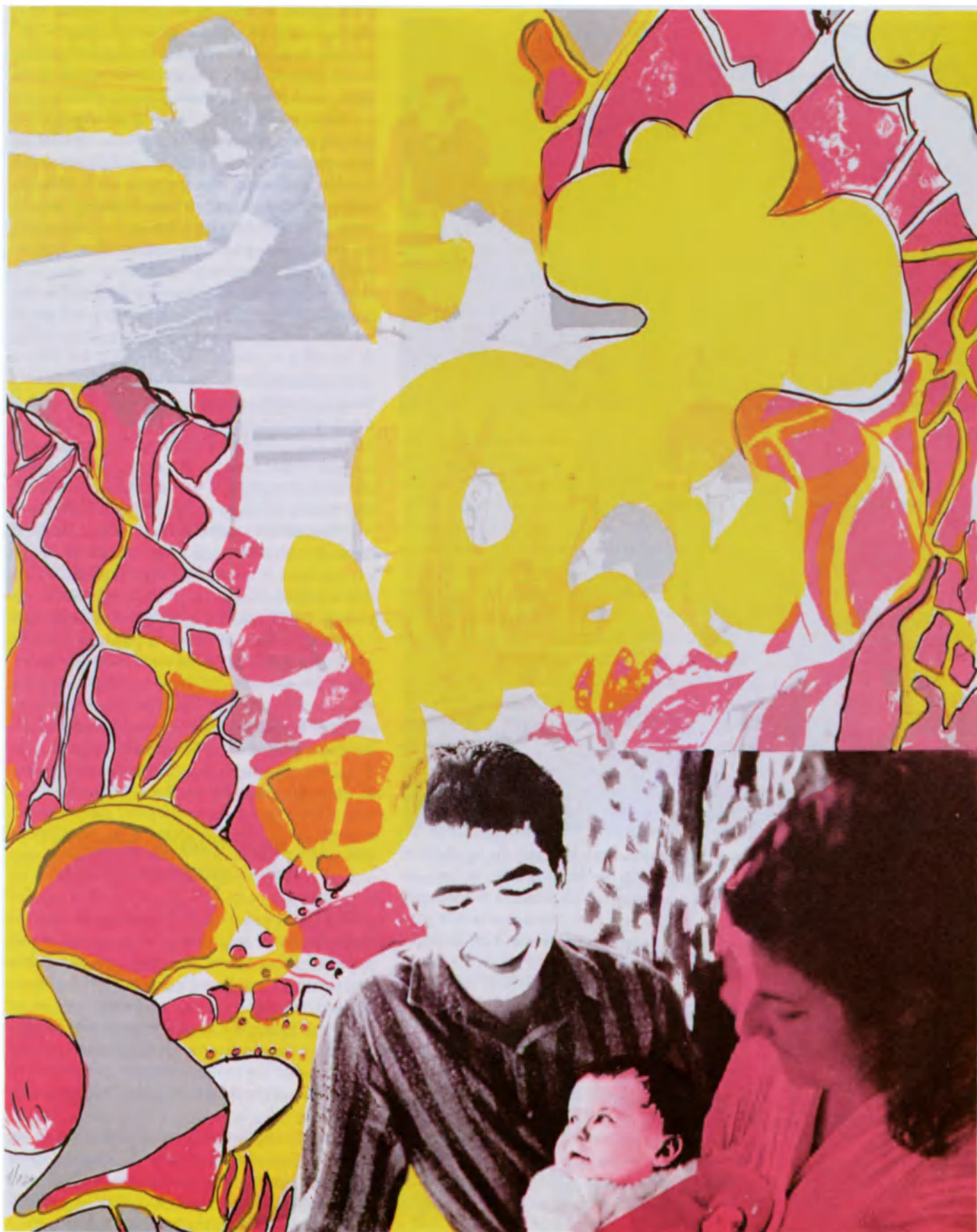
Petite famille (1986, La familia pequeña), litografía de la pintora griega Arghyro Pauri.

LA
FAMILIA
PASADO
Y PRESENTE

EUROPA

lazos familiares

POR ANDRÉE MICHEL



creciente, buscan una vida de pareja diferente de la que impone el matrimonio de corte clásico.

En toda Europa, el descenso del número de matrimonios tiene por contrapartida un aumento del número de uniones libres. Sólo en Francia, que sin embargo se sitúa muy por debajo de los países escandinavos, hay un 10% del total de



En los últimos años se ha registrado en Europa un aumento de las familias monoparentales, en las que los hijos viven con uno u otro de los padres —en la mayoría de los casos, con la madre.

parejas (es decir, alrededor de un millón) que viven en unión libre. El mayor porcentaje de uniones libres (50%) se registra en París y su periferia y en ellas el hombre tiene menos de 25 años. Una cuarta parte de estas parejas de todas las edades tienen hijos. Las mujeres jóvenes que prefieren la unión libre al matrimonio son más numerosas que los hombres del mismo grupo de edad, pues ese nuevo estilo de vida les parece más igualitario.

Los europeos de ambos sexos han dejado de resignarse a vivir un matrimonio desdichado. Así, desde 1965 se registra un notable incremento del número de divorcios en todos los países. Pero se dan muchos más casos en los países del norte (Escandinavia), que en los del sur (Francia, Italia, España). Salvo en Irlanda, donde todavía no se reconoce el divorcio, los poderes públicos han facilitado en la mayoría del continente los procedimientos para obtenerlo. Las costumbres, una vez más, se han anticipado a los cambios legislativos.

De ahí que en los últimos años se haya registrado un aumento de las familias monoparentales, en las que los hijos viven con uno u otro de los padres —mayoritariamente, con la madre (90% de los casos en Francia, 93% en Dinamarca). Según el Parlamento europeo, la familia monoparental es una “célula familiar completa”, que no admite ninguna discriminación.

De manera paralela a las uniones libres, el número de hijos nacidos fuera del matrimonio ha aumentado sensiblemente. En Suecia el 40% de los niños tenían en 1980 una madre soltera. La opinión pública acepta con tanta mayor facilidad esta situación cuanto que las reformas sociales tienden a favorecer a las personas solas con hijos. En Francia, el número de hijos habidos fuera del matrimonio se multiplicó por dos desde 1982 a

1986, año este último en que alcanzó la cifra de 171.000, equivalente al 22% del total de nacimientos registrados. Estas cifras indican una modificación en profundidad de las mentalidades y de las costumbres.

El fenómeno tradicional del abandono de la madre por el padre del niño está en regresión. Paralelamente, se instaura un nuevo modelo en el que el hijo es reconocido por el padre: en 1980 un 50% de los hijos habidos fuera del matrimonio en Francia fueron reconocidos por el padre, frente a un porcentaje del 22,5 en 1968.

Salvo en Escandinavia, los legisladores europeos siguen tratando desfavorablemente a las parejas que viven en unión libre, en comparación con las parejas casadas. Empero, en la mayoría de los países se intenta atenuar la discriminación entre hijos nacidos al margen del matrimonio y los demás. Así, por ejemplo, Irlanda adoptó en 1986 una reforma en ese sentido.

¿Cómo se organiza la vida de las familias monoparentales, originadas casi siempre por un divorcio o una separación? Por lo menos en un 90% de los casos la guarda y la educación del niño se confían a la madre. El marido tiene, eso sí, la obligación de pagar a su ex esposa una pensión para el mantenimiento de los hijos. Hay, incluso, ciertos países (Luxemburgo, Dinamarca, Francia), donde los poderes públicos pueden substituir al cónyuge reacio en el pago, para que la parte sin recursos y con hijos a su cargo no quede en la indigencia.

Pero, ahora mucho más que en el pasado, el legislador europeo tiene en cuenta la aspiración a la igualdad de los miembros de la pareja, así como la incorporación de la mujer al mundo del trabajo. En Dinamarca se ha llegado hasta la atribución igualitaria de la patria potestad a ambos progenitores, casados o no, vivan o no bajo el mismo techo, a fin de satisfacer las aspiraciones de los padres solteros que, de producirse una separación, suelen tener muchos menos derechos que las madres sobre los hijos. En Francia, los casos de guarda alternativa del niño por el padre y por la madre divorciados están aumentando.

La imaginación familiar o cómo vencer la soledad

¿Dónde situar el caso de Marina, cuyo historia esbozábamos al principio? ¿En la familia monoparental? Ciertamente no, pues el papel paterno que ejerce Michel, el padre de Sara, y el del futuro padre, Jean, se salen de ese esquema *stricto sensu*. Igual cosa sucede con otras formas de vida familiar que, al no ser ni matrimonios legales, ni uniones libres, ni familias monoparentales, escapan a toda estadística, cuando no a toda referencia sociológica.

En la mayoría de los países de Europa se observa un aumento del número de personas, especialmente jóvenes, que viven solos. En 1985, más del 27% de los hombres de 30 a 34 años y el 26% de las mujeres de igual edad eran solteros. Pero

ANDRÉE MICHEL, francesa, es directora de investigaciones del Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS), donde ha creado un grupo de estudio de las funciones de los sexos, de la familia y del desarrollo humano. Entre sus numerosas obras cabe destacar *Sociologie de la famille et du mariage* (Sociología de la familia y del matrimonio, 1986), *Le féminisme* (El feminismo, 1986) y *Fuera moldes. Hacia la superación del sexismo en los libros infantiles y escolares* (Unesco, 1989).

¿de qué manera vive cada uno? ¿Son solitarios empedernidos, amurallados en su independencia, replegados sobre sí mismos? ¿O, por el contrario, solteros que han sabido crearse un entorno de sociabilidad que sustituye a la familia y les procura el apoyo afectivo y social necesario para el equilibrio de toda persona?

Los hay que no viven bajo el mismo techo que su pareja y mantienen su propio domicilio pero que ponen en común una parte variable de sus ingresos y, si tienen hijos, comparten el cuidado y la carga económica de la prole.

Sin olvidar la cohabitación de dos personas del mismo sexo, que pueden ser homosexuales o haber decidido vivir bajo el mismo techo por razones de amistad o para compartir sus gastos (desempleo, carestía de la vivienda, etc.). El número creciente de "familias" (en el sentido estadístico del término) formadas por una persona sola o por dos o más personas del mismo sexo, abarca en realidad una gran diversidad de formas de vida social que son otras tantas fórmulas de sustitución de la estructura familiar tradicional.

A pesar de la evolución, se mantienen las relaciones paterno-filiales

A esta variedad de nuevas formas de vida nacidas de relaciones familiares horizontales se oponen la estabilidad de las relaciones verticales en el seno de un mismo linaje y la permanencia de las solidaridades interfamiliares.

Llevar una vida feliz dentro del grupo familiar sigue siendo la aspiración predominante, como lo demuestran todos los sondeos. La educación de los hijos procura a los jóvenes adultos —madres y "nuevos padres"— las mayores satisfacciones. La celebración de ciertos ritos (nacimiento, adolescencia, matrimonio, muerte) permite reagruparse a las familias, que así reconstituyen sus lazos de sociabilidad, cuando no de solidaridad.

En efecto, esta solidaridad de ningún modo ha desaparecido. Los adultos jóvenes pueden contar con el apoyo de la familia en múltiples circunstancias: estudios, matrimonio o comienzo de la vida en pareja, adquisición de una vivienda o equipamiento de la misma. Esa solidaridad se mantiene incluso más tarde, por ejemplo con ocasión de un importante gasto imprevisto, de una enfermedad o de una interrupción de la vida profesional por accidente o por desempleo. Como contrapartida, los hijos ayudan a sus padres ancianos, ya sea visitándolos con mayor o menor regularidad, ya contribuyendo financieramente a su mantenimiento.

Hoy, el europeo considera que tiene derecho moral a la felicidad. De ahí el rechazo, tan frecuente, a ingresar o permanecer en el marco rígido de la familia y del matrimonio establecidos según códigos convencionales. Ello también explica la tendencia cada vez más marcada a definir estilos de vida personales, con los que culminará la búsqueda individualista de la felicidad.

Los europeos aceptan hoy difícilmente que el legislador establezca las reglas de su comportamiento privado y tienden a rechazar las discriminaciones legales ente personas casadas y no casadas, no divorciadas y divorciadas, heterosexuales y homosexuales, así como entre hijos legítimos e hijos naturales.



"Llevar una vida feliz dentro del grupo familiar sigue siendo la aspiración predominante. La educación de los hijos procura a los jóvenes adultos —madres y 'nuevos padres'— las mayores satisfacciones."



Una idea se está abriendo paso en Europa: los derechos humanos no son sólo de índole política sino que se refieren también a la libertad de los individuos de elegir el contenido y la forma de su vida privada, particularmente en cuanto a la identidad de su pareja, la posibilidad de divorciarse, el número de hijos y los medios de controlar la fecundidad. Ese derecho es lo que está en juego en el combate que se libra en todas las sociedades del Viejo Continente, por lo menos allí donde hay movimientos sociales —frecuentemente impulsados por mujeres— que impugnan la supervivencia de normas patriarcales juzgadas incompatibles con los derechos del individuo a la felicidad. ■

Mujeres de Arembepe

¿Por qué hay tantas mujeres jefes de familia en el Brasil? El caso de Arembepe, un pueblo de pescadores, constituye tal vez una respuesta a este interrogante.

LA colonización portuguesa y española de América Latina tuvo una importancia decisiva en el modo de organización de la vida familiar en esta parte del Nuevo Mundo, donde predomina desde entonces la familia patriarcal, tanto en su forma nuclear (principalmente en las ciudades) como ampliada (en las zonas rurales). También existen, aunque su número es más reducido, familias matricéntricas o naturales, en particular en las regiones densamente pobladas por negros o mulatos.

La población negra de América Latina no es originaria de ese continente; llegó a comienzos del siglo XVII como resultado de la trata de esclavos. Como los habitantes autóctonos (entre otros, los herederos de las espléndidas civilizaciones maya, inca y azteca, y también las comunidades frágiles amenazadas de extinción) se habían negado a trabajar para el invasor europeo, la esclavitud proporcionó la mano de obra necesaria para las minas de oro y plata y para las plantaciones de azúcar, tabaco y algodón.

Después de la abolición de la esclavitud y por lo menos hasta mediados del siglo XIX hubo naves clandestinas que siguieron llevando su cargamento humano a los dos principales puertos negreros del continente, Salvador de Bahía, en Brasil, y Cartagena de Indias, en Colombia.

De este periodo data una rígida estratificación social basada tanto en el poder económico como en el color de la piel; los ricos, grandes latifundistas, son blancos, y los pobres, obreros agrícolas, son antiguos esclavos negros. Sin embargo, paralelamente, las uniones mixtas produjeron una mezcla de las tres etnias (indígena, negra y blanca), así como una síntesis de sus respectivas culturas.

El tráfico de negros, que separaba a las mujeres de sus compañeros (cada lote de esclavos no podía en ningún caso comprender más de una tercera parte de mujeres), favoreció la explotación sexual de las esclavas por sus amos. Solía ocurrir que éstos reconocieran y criaran a los hijos que habían tenido con una esclava. Por su parte, ésta transmitía su propia cultura a los hijos del amo, al amamantarlos y con sus canciones de cuna, sus leyendas y sus juegos.

Las familias constituidas al margen del modelo blanco eran en su mayor parte de tipo ampliado, en las que los hijos naturales se reagru-



Estatuilla maya de terracota, de la época preclásica (1500 a.C.- 300 d.C.).



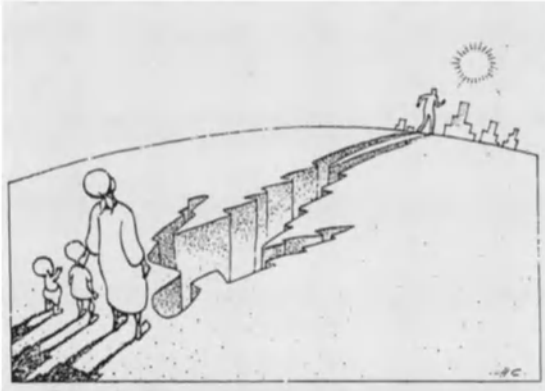
Matrimonio de una pareja de negros en la casa de una familia acaudalada, según una estampa del pintor Jean-Baptiste Debret (1768-1848).

POR MARIZA DE ATHAYDE FIGUEIREDO Y DANDA PRADO

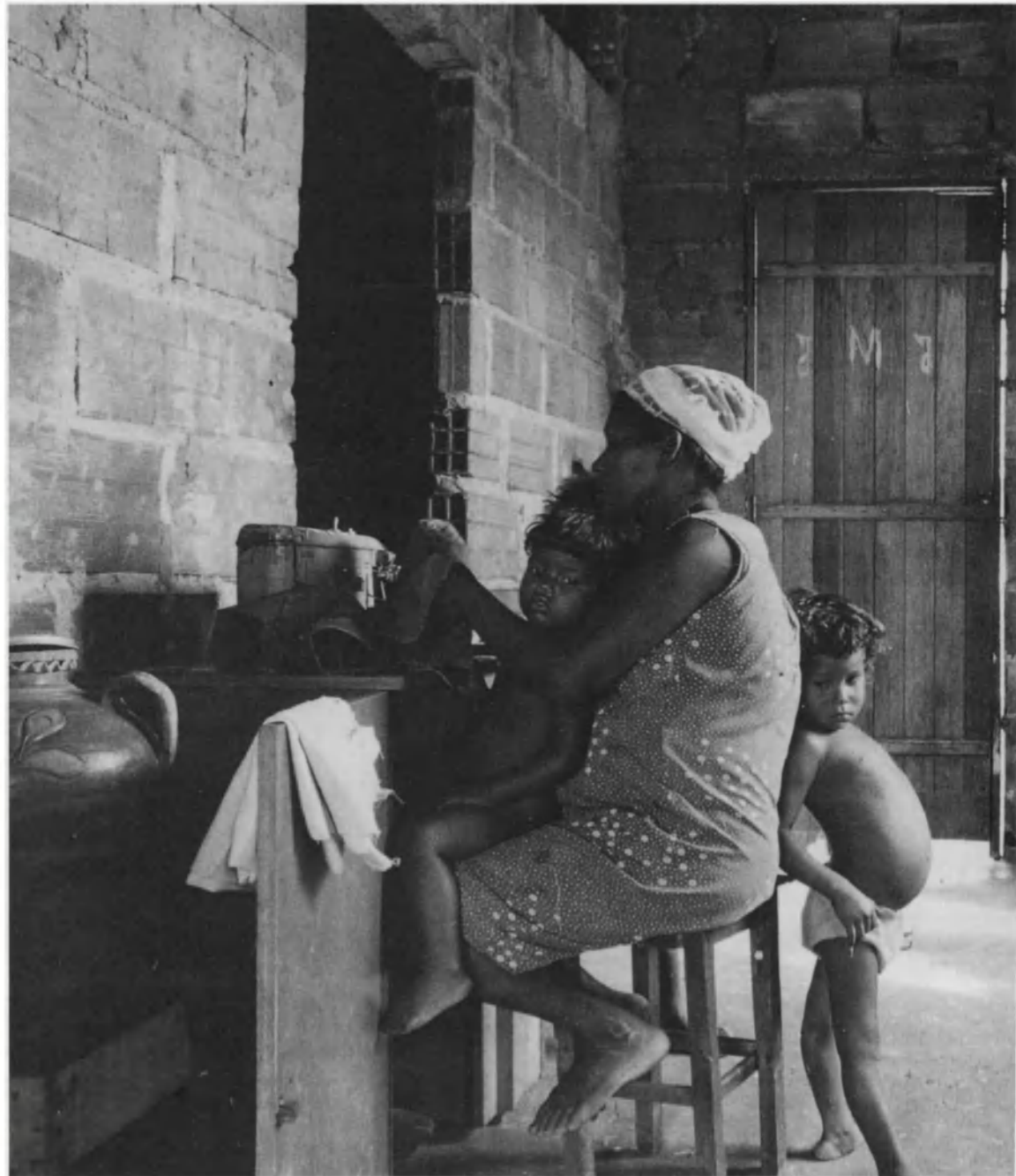


LA
FAMILIA
PASADO
Y PRESENTE

BRASIL



*“La migración es una fuente de inseguridad para la mujer, en particular cuando el hombre que parte a la ciudad no cumple su obligación de enviar dinero al hogar o cuando se marcha en un momento crucial del año agrícola.”
(Informe de 1989 del Fondo de las Naciones Unidas para Actividades en Materia de Población)*



MARIZA DE ATHAYDE FIGUEIREDO, socióloga, periodista y fotógrafa brasileña, es responsable de la edición de la revista feminista *Impressões*. Es autora de numerosos artículos que han aparecido principalmente en las revistas *Revue du Tiers Monde* y *Feminist Issues*, y de una tesis de doctorado sobre “El papel socioeconómico de las mujeres jefes de familia en Arembepe” (Universidad de París VII, 1981).

DANDA PRADO, psicóloga y profesora brasileña, se interesa particularmente por la función social de la mujer. Sus principales publicaciones son *O que é família* (Qué es la familia, 1982) y *O que é aborto* (Qué es el aborto, 1983). Ha colaborado también en antologías como *Terre des femmes* (Tierra de mujeres) y *Sisterhood is global* (Las mujeres en el mundo).

paban en torno a sus madres. En cambio, el código civil de los blancos consagraba generalmente el régimen patriarcal. Una legislación inspirada en el código Napoleón de 1808 colocó a las mujeres en una situación de inferioridad que las mantenía dependientes del hombre, según las normas de la familia patriarcal clásica. Este estatuto, que ha sido recientemente modificado, otorga ahora una mayor autonomía a las mujeres y acepta la disolución del vínculo matrimonial.

La familia contemporánea

Las mezclas culturales y étnicas, la rápida urbanización (70% de la población de Brasil vive en ciudades), las migraciones internas y externas, la evolución de la situación de la mujer y la profunda transformación de los modelos de reproducción han contribuido, entre otras cosas, a engendrar nuevas estructuras familiares y a facilitar en todo el continente latinoamericano el surgimiento de la mujer jefe de familia.

Este hecho, que no es nuevo y que comienza a interpretarse como una estrategia de supervivencia de las capas sociales desfavorecidas, no es fruto de una opción deliberada sino de las circunstancias, ya que los hombres y las mujeres aun aspiran a contraer una unión legítima tanto religiosa como civil.

El hombre se considera el jefe de la familia y desea ser tratado como tal. Los usos y costumbres de la sociedad patriarcal le confieren autoridad para desempeñar esta función, cuyas obligaciones puede o no asumir, en especial la de alimentar a su mujer y a sus hijos. Por otra parte, en virtud de ese culto de la virilidad que se denomina "machismo", el hombre tiene derecho a mantener relaciones extraconyugales, a entregarse a los juegos de azar y a emborracharse, lo que suele impedirle atender adecuadamente las necesidades familiares.

Cuando se ve obligada a asumir el papel de jefe de familia, la mujer adopta generalmente una actitud ambigua frente a su esposo o compañero. Esta ambigüedad es la consecuencia de la contradicción en que vive, puesto que la sociedad le ha prometido un hombre que proveerá el sustento a la familia mientras ella se ocupará de las labores domésticas y de los niños.

Ser el jefe de la familia no es para la mujer un motivo de orgullo; por el contrario, tiende a dismular esta situación enojosa sosteniendo que se limita a "ayudar" en los gastos del hogar.

Este fenómeno sólo empezó a ser objeto de estudios sociológicos serios a partir de 1978, especialmente por iniciativa de las Naciones Unidas. Ya en 1974 se calculaba que una tercera parte de los jefes de familia del planeta eran mujeres. Empero, recién se empieza a tomar conciencia del problema y de sus consecuencias para los países en desarrollo.

Arembepe es un pueblo de pescadores próximo a Bahía, en Brasil; su población, de 20.000 habitantes, aumenta considerablemente durante los meses de estío debido a la afluencia de veraneantes. Se sabe que este pueblo existía ya en

1509, cuando llegaron los portugueses, y lo habitaban en aquella época los indios tupinambas. Arembepe, microcosmos representativo de las comunidades rurales tanto de Brasil como de otros países de América Latina, fue objeto en 1981 de un estudio sobre las mujeres jefes de familia.

La expansión industrial y turística ha convertido a los pescadores de Arembepe en obreros asalariados. Las fábricas no dan trabajo a las mujeres, que no tienen más remedio que ocupar empleos mal remunerados que resultan de la presencia de los veraneantes. Sin embargo, 25,5% de las mujeres de Arembepe son jefes de familia y tienen una o más personas a cargo. Son más numerosas en las categorías económicas inferiores (57,62%) que en las capas sociales más pudientes.

Pero no se aplica a estas mujeres la definición de jefe de familia establecida por el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística, que considera como tal sólo al marido, sin tener en cuenta su contribución al presupuesto familiar ni la situación jurídica de la pareja. Así, se priva de esta condición a las mujeres separadas, viudas o solteras que albergan y alimentan a sus hijos, a sus nietos y a veces a sus parientes de edad o impedidos.

Si el día del censo se encuentra en la casa el compañero de la mujer, éste será considerado jefe de familia, aunque no sea el padre de los hijos ni contribuya al presupuesto familiar, e independientemente del tiempo que lleve viviendo en la casa.

Por lo tanto, el papel del hombre como jefe de familia es a menudo simbólico. Sus obligaciones materiales para con su mujer y sus hijos son las que él quiera reconocer. Su mujer no tiene ningún recurso para obligarlo a asumir el papel de sostén de la familia que social y culturalmente le incumbe.

En general, las mujeres que deben prescindir del hombre comienzan por negar la realidad diciéndose que se trata de una situación pasajera. Cuando tienen que admitir que es irremediable, procuran encontrar otro compañero. Aunque la mitad de las mujeres jefes de familia de Arembepe han tenido sólo una unión regular, un 35,59% de ellas, especialmente las más jóvenes, han tenido dos. Esta segunda unión expresa la búsqueda de una nueva referencia social masculina, aun cuando no les ofrezca ninguna garantía o estabilidad económica.

Tras algunas experiencias fallidas, la mujer termina por constituir un grupo familiar matrilineal, y sus relaciones con los hombres adquieren un carácter ocasional: los hombres pasan, pero los niños permanecen. ■



*"Los hombres pasan,
peros los niños
permanecen".*



Hacia la familia del año



LA
FAMILIA
PASADO
Y PRESENTE

QUEBEC



King and Queen (El rey y la reina), obra del escultor inglés contemporáneo Henry Moore.

Past Recovery, (1979, El tiempo recobrado) de Esther Parada. Este gigantesco retrato de familia (2,50 x 3,70 m) está compuesto de un centenar de fotos coloreadas a mano. Figura, junto con obras de artistas antiguos y contemporáneos, en la exposición "La familia en el arte" ("Family in Art") presentada en el Museo de Bellas Artes de Houston (Estados Unidos) del 30 de abril al 6 de agosto de 1989.

¿Crisis de la familia o crisis de un determinado modelo familiar? La familia quebequesa, que fue durante mucho tiempo patriarcal y natalista, ha experimentado en los últimos veinte años un cambio radical.

EN ningún lugar de Occidente la transformación de los comportamientos y de las estructuras familiares, que en las dos últimas décadas afectó en particular a América del Norte, ha sido tan espectacular como en Quebec. En efecto, las tradiciones religiosas y jurídicas de Quebec favorecieron el predominio de una ética familiar y matrimonial conservadora así como una organización rígida de las relaciones conyugales y parentales. Recién hacia fines de los años sesenta, es decir muy tardíamente si se compara con otras regiones de América del Norte, aparecen en los comportamientos familiares y reproductivos de los quebequeses los primeros signos de cambio como parte del vasto movimiento de secularización que marca por entonces la evolución de Quebec.

Algunos datos estadísticos permiten comprender la amplitud y la dirección de los cambios que se han producido desde entonces.

En 1965 el índice de nupcialidad de hombres y mujeres, es decir la proporción de solteros susceptibles de contraer matrimonio antes de los cincuenta años, era, respectivamente, del 85,9% y del 93,50%. Veinte años después, ese índice era sólo del 51,7% para las mujeres y del 49% para los hombres. Estos datos muestran un vuelco significativo de las reglas tradicionales de organización de la vida familiar en favor de una diversificación de las formas de unión. Ese mismo fenómeno explica, probablemente, por qué en 1988 un tercio de los nacimientos tuvieron lugar fuera del matrimonio mientras que a fines de los años sesenta ese porcentaje era de menos del 10%, sin que los nacimientos al margen del matrimonio equivalgan necesariamente a nacimientos fuera de una unión.

El porcentaje de divorcios permite aclarar otro aspecto importante. En 1988 se estimaba que más de uno de cada tres matrimonios contraídos ese mismo año concluiría con un divorcio. Veinte años antes, cuando aun no existía una ley que facilitara el divorcio, sólo una unión de cada diez corría el riesgo de disolverse.

Por último, el índice de fecundidad que situaba a las mujeres de Quebec entre las más fértiles de Occidente garantizó durante mucho tiempo a la sociedad quebequesa un crecimiento natural estable. Ahora bien, en el umbral de los años noventa, se ha producido un

Familia de agricultores de Quebec. De una encuesta realizada en 1986 entre amas de casa quebequesas se desprende que las mujeres consagran a las labores domésticas tres veces más tiempo que los hombres, con un promedio de 36,6 horas semanales contra 11,2 horas.

vuelco total de la situación, ya que en 1988 el índice de fecundidad (1,47) no aseguraba siquiera el número de nacimientos necesarios (2,1) para la renovación de las generaciones. Así pues, Quebec presenta en los últimos años uno de los índices de fecundidad más bajos del mundo.

Familias en transición: el papel de la madre

En la evolución actual de Quebec, las mujeres ocupan más que nunca un lugar primordial. La vida familiar ya no constituye para ellas la única posibilidad de realización personal y social. Respaladas por los logros del



De la acumulación de responsabilidades a su reparto: una negociación difícil

Con excepción de la participación regular y permanente de ambos padres en la vida familiar, no se ha producido un verdadero reparto de tareas, ni una auténtica redefinición de los modelos y las funciones familiares. Las mujeres continúan ocupándose de la cocina, del lavado y de la costura, y no han cesado de vigilar y escuchar, de aconsejar y consolar. Los padres aportan, en el mejor de los casos, una ayuda complementaria y se especializan sobre todo en las actividades de socialización: jugar, enseñar, educar, castigar. El tiempo del padre sigue siendo un tiempo parcial, limitado y discontinuo, a diferencia de la dedicación de la madre que es permanente y sin interrupción.

De una encuesta realizada en abril de 1986 entre 1332 amas de casa quebequesas se desprende que "las mujeres consagran a las labores domésticas tres veces más tiempo que los hombres, con un promedio de 36,6 horas semanales contra 11,2 horas". Los datos muestran un incremento de la participación del hombre en las tareas del hogar. Pero, según los autores del estudio, cada hora que el hombre consagra a las tareas domésticas añade casi un cuarto de hora más de trabajo para la compañera. Así pues, las quebequesas continúan luchando por una asignación más equitativa de las funciones, en particular de las responsabilidades familiares, entre hombres y mujeres.

La respuesta de los padres

Desde hace algunos años, ciertos grupos masculinos reivindican, por su parte, la ampliación de las funciones paternas, manifestando de ese modo la voluntad de ocupar un lugar más significativo junto a los hijos. Reclaman sobre todo el derecho a participar en su venida al mundo, así como en la socialización y la educación del niño. Adoptando una actitud crítica con respecto a los antiguos estereotipos parentales, aspiran a establecer con sus hijos un nuevo tipo de relación basada en la complicidad y la generosidad y no en la obligación y la exclusión.

Relegando a un segundo plano su función de sostén económico, desean dar prioridad al aspecto psicológico y afectivo de la relación entre padre e hijo. Esa redefinición de la función paterna emana de una minoría y no traduce una voluntad explícita de participar en las tareas domésticas; sin embargo, denota una tendencia general hacia una atribución más equilibrada dentro de la pareja de los derechos, privilegios y deberes parentales, atribución de la que en definitiva depende la supervivencia de la familia quebequesa.

El renacimiento de la familia

En Quebec, al igual que en otras partes de América del Norte, más de una vez en los últimos veinte años se ha vaticinado la desaparición inminente de la familia tradicional. Ahora bien, las imágenes difundidas por los medios de comunicación proponen cada vez más como el summum del éxito social el modelo de familia biparental con doble sueldo, unida o no por el vínculo del matrimonio, donde unas relaciones jerárquicas inter-

movimiento femenino contemporáneo en materia de igualdad entre los sexos, así como por el derecho a la contracepción, al aborto, a la autonomía y a la realización personal fuera de la familia y del matrimonio, las mujeres ya no están obligadas a optar de una manera tan radical y exclusiva como antes entre "ser" esposas, "ser" madres o "tener" una profesión.

Actualmente una de cada dos mujeres en edad de trabajar se ha incorporado al mercado de trabajo. En cuanto a la presencia dentro de la población activa de madres con hijos menores de 16 años, el porcentaje ha pasado de menos del 40% a comienzos de los años setenta a casi el 60% en la actualidad.

La crianza de los hijos plantea a veces problemas de planificación y de organización. Para la pareja ello suele ser motivo de discusiones y de laboriosas negociaciones sobre todo si ambos cónyuges aspiran a realizar una carrera profesional. ¿Cuál de los dos se avendrá a postergar parcial o totalmente su actividad profesional para consagrarse a un trabajo solitario, no remunerado y anodino? ¿Quién aceptará anteponer la familia y el cuidado de los hijos a la seguridad laboral, las posibilidades de promoción y la inserción en la sociedad?

En una sociedad donde el destino familiar ya no se concilia necesariamente con el destino afectivo y el profesional, la desintegración del modelo de madre y de ama de casa a tiempo completo trae consigo una redistribución de las funciones y los papeles dentro de la pareja y de la familia.

FRANCINE DESCARRIES, canadiense, es profesora del Departamento de Sociología de la Universidad de Quebec, en Montreal, y dirige el Centro de Investigación Feminista de esa universidad. Entre sus trabajos recientes cabe mencionar *L'école rose et les cols roses* (La escuela rosa y los cuellos rosas) y, en colaboración con Shirley Roy, *Le mouvement des femmes et ses courants de pensée: essai de typologie* (El movimiento femenino y sus tendencias: ensayo de tipología).

CHRISTINE CORBEIL, canadiense, es profesora del Departamento de Asistencia Social de la Universidad de Quebec. Ha realizado trabajos de investigación con Francine Descaries, cuyo resultado ha sido la publicación de *La maternité: un défi pour les féministes* (La maternidad: un desafío para las feministas, 1987).



personales más flexibles han sustituido el orden tradicional basado en la sumisión de la esposa y los hijos a la autoridad paterna. En este modelo familiar que tiende al igualitarismo, el marido compartiría las responsabilidades, los deberes y los privilegios parentales participando de una manera más activa que antes en las tareas domésticas y en la educación de los “dos” hijos que representan el proyecto común de la pareja.

Más allá de sus transformaciones estructurales, la imagen de la familia tradicional sigue apareciendo como una forma privilegiada de expresión de la afectividad de los individuos, tanto adultos como niños. Por otra parte, el tener hijos es una aspiración compartida por la gran mayoría de las mujeres de Quebec; según una encuesta reciente, el 93% de las mujeres cuya edad fluctúa entre 18 y 49 años manifestaron el deseo de tener por lo menos un hijo en su vida.

La carga emotiva que se deposita en la célula familiar y en el hijo, así como la aparición de modelos familiares que favorecen un enfoque diferente y novedoso de los vínculos conyugales y parentales, reflejan una valorización de la esfera privada y del hogar como un espacio significativo y propicio a la afectividad y al bienestar, fenómeno que es posible observar en la sociedad norteamericana en su conjunto. En resumen, si las uniones libres, las familias reconstituidas, el divorcio, la disminución de la natalidad y el trabajo asalariado de las mujeres constituyen el telón de fondo de las prácticas familiares, paradójicamente, hoy en día en Quebec la

*Una familia en trineo...
Concurso de esculturas de
nieve realizado durante el
Carnaval de la ciudad de
Quebec.*

familia y los valores vinculados con ella son percibidos y buscados como una protección contra la soledad, la frialdad y la violencia del mundo exterior.

Tras la ruptura definitiva con la familia patriarcal tradicional y su rígida estructura jerárquica, es necesario pensar en la familia del año 2000. Abolir la división del trabajo en función del sexo tanto en el ámbito público como en el doméstico, renovar las prácticas sociales en relación con los vínculos conyugales y el sostén a las familias, incitar al Estado y a los diversos actores sociales a que busquen soluciones adaptadas a las necesidades de las mujeres y de sus familias, son condiciones sine qua non para resolver lo que algunos califican en Quebec de “la gran crisis de la familia” y que a nuestra manera de ver es más bien la crisis de un tipo de relaciones familiares hoy día superadas. ■



Compartiendo la vida de una

Periodista francesa especializada en aspectos relacionados con la familia, Claire Fournier ha visitado recientemente el Uzbekistán (URSS).

El hogar uzbeko en que mi marido y yo fuimos recibidos se compone de un matrimonio de profesores y la menor de sus dos hijas; la mayor, casada, ya no vive bajo el techo paterno. Pero los rasgos que la europeizan no han debilitado la intensidad de la vinculación de esta familia de intelectuales con el estilo de vida tradicional, exponente de la fuerza de una cultura y de una religión milenarias.

Con sólo franquear el umbral de su vivienda la tónica está dada: como cualquier otra visita, empezamos por dejar los zapatos en el vestíbulo. Oriente y Occidente se mezclan en la decoración y, junto a los muebles modernos, las alfombras y cojines aparecen por doquier.

La hospitalidad uzbeka no es una leyenda. Durante toda nuestra estancia, la familia nos prodigará solícita atención y nos ofrecerá manjares copiosos. "Nuestra casa es suya", dirá la esposa, con una mano en el pecho en señal de respeto.

Probaremos toda clase de especialidades culinarias nacionales, entre ellas el célebre *plov* a base de arroz y cordero, que se come tradicionalmente con los dedos, tomándolo de la gran fuente de cerámica en que se sirve. Vedada por la religión islámica, la carne de cerdo jamás aparecerá en la mesa.

La mayoría de las veces, nos servirá la hija de la casa, Rano ("Rosa roja"), que no se sentará a la mesa con nosotros. La presentación del té verde constituye en particular un rito ejecutado con gracia infinita: la joven vierte lentamente el líquido hirviendo en copas de porcelana roja y dorada que luego va a tendernos con la punta de los dedos, sin tocar el borde, vueltas hacia arriba las palmas de las manos en un gesto de ofrenda.

La madre, Feruza ("Turquesa"), me confía que importa mucho que su hija tenga maneras elegantes y sea excelente ama de casa, cualidades muy estimadas por la futura familia política.

Rano tiene veinte años. Desde que cumplió dieciocho, sus padres reciben visitas de casamenteros, pero no tienen mucha prisa en que la muchacha contraiga matrimonio y prefieren que primero termine sus estudios universitarios de economía. Además, una boda resulta muy cara y no hace tanto que casaron a la hija mayor. "Aquí, explican, los festejos de bodas duran por lo menos tres días y tenemos costumbre de invitar a mucha gente —cien, doscientas, incluso trescientas personas. Casi siempre, para una boda, se contraen deudas enormes."

Por otra parte, hay que constituir la dote de la novia. Los padres de Rano, que tienen una situación acomodada, deben costear el mobiliario de dos habitaciones principales: el dormitorio y el comedor, con sus correspondientes tapices, ropa de cama y vajilla. El ajuar de su hija debe constar de unos cuarenta vestidos y diez pares de zapatos. Todo esto es una gran preocupación para Feruza: "No podemos hacer menos por la pequeña que por la mayor, dice suspirando. Podrían reprocharnoslo."

La costumbre impone que la joven pareja se instale con la familia del esposo, la cual pondrá a su disposición dos habitaciones. Si la vivienda es demasiado pequeña, los padres del novio suelen mudarse para poder acoger a los recién casados.

Un casamiento uzbeko exige largos preparativos antes de su celebración. En Tashkent, capital de la República de Uzbekistán, las uniones suelen realizarse entre nativos de la ciudad. "No es costumbre, precisa Feruza, que una muchacha de la ciudad se case con un provinciano, ni una musulmana con un joven de otra religión."

Cuando un joven llega a la edad de casarse, su madre le busca esposa. Casi siempre en compañía de otra mujer de su parentela, va a visitar a la familia de la muchacha casadera, observando cómo se vive en el hogar de la eventual elegida y cómo es ella. En caso de que los primeros contactos resulten satisfactorios, las dos mujeres reiterarán la visita, las relaciones se ampliarán entre ambas familias y cada una intentará sondear a vecinos y amigos de la otra para informarse mejor. Si por fin se entienden, las madres se darán una cita sin protocolo, a la que asistirán acompañadas por sus respectivos hijos, simulando en lo posible un encuentro fortuito, por ejemplo a la salida del trabajo...

"Yo no quiero casar a Rano contra su voluntad, explica Feruza. Ya en nuestra época, mi esposo Nadir tuvo que recurrir a una estratagema para poder casarse conmigo. Después de haber rechazado a varias muchachas propuestas por su madre, fingió acatar por respeto la voluntad materna cuando se trató de mí, que ya era en secreto la elegida de su corazón. Así, la madre tuvo la convicción de haber escogido según la costumbre una esposa para su hijo."

Aunque se pliega a las tradiciones, Feruza las encuentra pesadas. "Las reuniones y las fiestas familiares son muy numerosas, dice, y para cada una de ellas tengo que cocinar personalmente un plato, con lo que luego debo velar hasta muy tarde si quiero preparar mis clases... Aparte de la boda de Rano, se avecina la fiesta de la circuncisión de mis nietos, para la que les compraré ropas nuevas y, una vez más, tendré muchos invitados. Cuando se case Rano, habrá otros nacimientos, nuevas fiestas y nuevos gastos...Estoy un poco cansada", confiesa.

Nadir parece más sereno. De carácter alegre, ha organizado distracciones en nuestro honor. Difícil será que olvidemos la jornada campestre disfrutada en su compañía, tanto por la calurosa acogida como por la belleza del paisaje montañoso, las danzas de estilo oriental y la comida preparada al aire libre con pinchos y tortas tradicionales. Nadir había solicitado la colaboración de todos sus parientes para la preparación de la fiesta. "Siempre hacemos lo que nos pide, dice su cuñado Farjad. Nadir tiene el rango de jefe de la familia porque es el mayor de todos nosotros." Ese respeto a los mayores puede advertirse por todas partes. Las personas de edad avanzada quedan a cargo de sus descendientes. Instalarlas en un hogar para ancianos resultaría aquí inconcebible.

De nuestra estancia retendremos sobre todo el respeto a los mayores y la generosidad de la hospitalidad uzbeka. Tras desearnos buen viaje, Feruza, Nadir y Rano, con la mano sobre el corazón, nos invitan a repetir la visita: "Nuestra casa será siempre la de ustedes."

Boda de una pareja uzbeka en la madrasa Chirdorr situada en la Plaza del Reghistán, en Samarcanda.



La "maleza maravillosa" de Africa

Es posible que millones de personas en el mundo en desarrollo se libren de los efectos perniciosos y a veces fatales de la esquistosomiasis, una infección parasitaria conocida también como bilharziosis, si los resultados de un descubrimiento efectuado hace treinta y cinco años por un científico etíope se explotan debidamente.

Fue en 1964 cuando un joven parasitólogo etíope, Aklilu Lemma, descubrió que el fruto de un arbusto que se da corrientemente en las regiones de Etiopía en que es endémica la esquistosomiasis era un molusquicida inofensivo en términos generales pero muy eficaz contra los caracoles portadores del parásito de la bilharziosis.

Destinado a Adwa, en Etiopía septentrional, donde se habla producido un brote de bilharziosis, el Dr. Lemma comprobó que la vida de la población del lugar se desarrollaba en torno a los ríos Guagua y Asem. Comenzó entonces a analizar los caracoles existentes en las riberas de ambos ríos. Se sabía que éstos eran portadores del parásito y se trataba de encontrar el medio de interrumpir el ciclo de reproducción en su fase inicial.

"Durante cierto tiempo", señala el Dr. Lemma, "pude comprobar que los caracoles morían en las regiones situadas río abajo donde las mujeres lavaban su ropa. Lo observé en reiteradas oportunidades y me pregunté cuál sería la causa de ello."

El Dr. Lemma decidió colocar algunos caracoles vivos en un cubo y llevarlos al lugar en que lavaban las mujeres. "Pedí a una de ellas que echara un poco de espuma en el cubo y, cuando lo hizo, los caracoles empezaron a boquear y finalmente murieron, encogiéndose en su concha."

La espuma que mataba a los caracoles era producida por los frutos de una planta silvestre, el "endod" (*Phytolacca dodecandra*), que durante siglos las mujeres etíopes habían llamado "arbusto del jabón". Las mujeres recogían los frutos aun verdes y los secaban al sol, y en los días de lavado molían un puñado de frutos en una palangana, mezclándolos con un poco de agua para producir un líquido espumoso. A este detergente tradicional se atribula la blancura inmaculada y la suavidad de sus vestidos.

El joven científico confirmó en el laboratorio los efectos de la espuma sobre los caracoles, e inició a continuación una batalla que todavía continúa para lograr que las propiedades molusquicidas de la planta, y su bajo costo, se reconocieran científicamente.

A raíz del descubrimiento del Dr. Lemma se llevó a cabo una encuesta durante

Tomado de *ATAS Bulletin*, una publicación del Centro de Ciencia y Tecnología para el Desarrollo de las Naciones Unidas.



cinco años para medir la presencia de la bilharziosis en cada hogar de Adwa antes y después de la introducción en los ríos de una cantidad de extracto de endod determinada científicamente.

"Legamos a la conclusión de que, antes de la introducción del extracto, alrededor del 50% de los niños de uno a cinco años de edad sufrían de bilharziosis", declaró el Dr. Lemma. "Cinco años después esa cifra había disminuido a un 8% aproximadamente."

Las investigaciones realizadas posteriormente demostraron que el producto obtenido del fruto era biodegradable, descomponiéndose en partículas orgánicas inertes semejantes a las especias dentro de 48 horas.

El costo de producción del extracto de endod —10 a 25 dólares de Estados Unidos por persona al año en las zonas infestadas— es un factor muy importante. En efecto, uno de los molusquicidas más eficaces en venta en la actualidad es el *Bayluscide*, que mata también al caracol portador, pero su precio resulta prohibitivo (unos 25.000 dólares de Estados Unidos por tonelada) para las comunidades desfavorecidas que más lo necesitan.

En un país occidental, un descubrimiento de esta índole, por las posibilidades que ofrece, habría obtenido un considerable apoyo financiero. Sin embargo, salvo contadas excepciones en Estados Unidos, Canadá y Europa, el endod no ha despertado mayor entusiasmo.

"Ha sido muy difícil superar los prejuicios", dice el Dr. Lemma. "Uno de los problemas consiste en que es demasiado sencillo y demasiado barato. Hay ya productos químicos en el mercado y no existe interés por invertir en algo que no va a reportar grandes beneficios. Hemos sido incapaces de atraer los recursos necesarios para desarrollar un producto que sea debidamente aprobado."

Sin embargo, las dificultades parecen estar disminuyendo. Se ha logrado desarrollar un endod de alto rendimiento, resistente a las plagas de insectos, con frutos sumamente vigorosos, y que alcanza un tamaño adecuado para el cultivo en gran escala. Los científicos que han participado en la creación de esta nueva variedad, el "Tipo 44", estiman que ofrece importantes posibilidades económicas para los agricultores de las tierras altas de los países en desarrollo, pues podrían combinar su cultivo con el del maíz y de la patata y venderlo a los habitantes de las tierras bajas donde la bilharziosis es endémica. Se han trasplantado ejemplares del "Tipo 44" a Kenya, Tanzania, Uganda, Zimbabwe,

Zambia, Swazilandia y Brasil, con resultados satisfactorios.

El principal obstáculo al empleo del endod en la lucha contra la esquistosomiasis, que sin duda es más económico, reside en que debe someterse a diversas pruebas científicas que garanticen internacionalmente que es un producto inofensivo, permitiendo su utilización. Sólo así podrá obtenerse el financiamiento necesario de la comunidad internacional.

El profesor John D.H. Lambert, del Departamento de Biología de la Universidad Carleton de Ottawa, Canadá, confía en que el endod terminará por ser autorizado: "Lo que hay que entender tratándose de este producto", declara, "es que se ha venido utilizando sin problemas en Etiopía durante siglos. La población lo emplea para asearse y para lavar su ropa, y si tuviera algún efecto perjudicial éste ya se habría manifestado de algún modo. De lo que se trata es de extraer el producto de los frutos en gran escala gracias al mismo procedimiento a bajo costo utilizado para la elaboración tradicional de jabón."

Un grupo consultivo científico creado por el Centro de Desarrollo de la Investigación Internacional de Canadá (IDRC) se reunió bajo la dirección de la sección encargada de los plaquidias en la Organización Mundial de la Salud y elaboró procedimientos para repetir algunas de las experiencias de laboratorio realizadas en los años sesenta y principios de los setenta. Aunque el IDRC va tener que volver atrás en muchos aspectos, los resultados serán recomendaciones de laboratorios reconocidos internacionalmente en el marco de las normas de *Good laboratory practices* (Prácticas adecuadas de laboratorio). El grupo ha llegado también a la conclusión de que es necesario practicar pruebas toxicológicas conjuntamente con estudios agronómicos, antes de proceder a evaluaciones en gran escala en el terreno en diversos países tales como Etiopía, Zambia, Swazilandia y Zimbabue.

Parece una ironía que los países industrializados, que durante tanto tiempo no han reconocido las virtudes del endod puedan contarse, en definitiva, entre sus principales beneficiarios. El Dr. Robert M. Parkhurst, uno de los principales especialistas en química orgánica del Instituto de Investigación de Stanford en California, dice que la mayor parte de las investigaciones químicas necesarias para identificar los principios activos del fruto del endod se han realizado en Stanford y que el fruto no es más que uno de los aspectos interesantes de la planta.

Parkhurst ha llamado al endod la "maleza maravillosa de África". "Cuanto más examinamos esta planta más nos convencemos de que encierra un potencial inagotable", afirma. Además de las saponinas molusquicidas que Stanford ha bautizado "Lemmatoxinas" en homenaje a su descubridor, el Instituto ha identificado otras posibilidades comerciales que van desde la lucha contra ciertos parásitos del ganado, pasando por los larvicidas contra los mosquitos de la malaria, hasta la fabricación de cosméticos naturales. ■



PARA LOS NIÑOS LA TIERRA ES PLANA

Según una encuesta de la Asociación Nacional de Profesores de Ciencias de los Estados Unidos, la mayoría de los niños menores de diez años creen que la Tierra es plana. Los resultados de la encuesta que se llevó a cabo en 65 escuelas norteamericanas e israelíes demostraron que la mayoría de los niños sólo aprenden que la Tierra es redonda hacia los diez años y que antes de esa edad se fían de sus propias percepciones.

SIETE VIDAS COMO LOS GATOS

Los científicos han recurrido a los principios de la física, la anatomía y la evolución para explicar por qué los gatos sobreviven a caídas que podrían ocasionar la muerte de una persona. De 132 gatos tratados en el Centro Veterinario de Nueva York por lesiones ocasionadas por caídas desde gran altura, 90% sobrevivieron. Dado que en los gatos la superficie del cuerpo en relación con su volumen es mayor que en los seres humanos, la velocidad con que caen y la violencia del impacto son mucho menores. Pero, ¿por qué tras un accidente de este tipo los gatos sufren lesiones menos graves que los perros del mismo tamaño? Según el profesor Jared Diamond de la Universidad de California, los gatos han heredado de sus antepasados que vivían en los árboles unos mecanismos de protección particulares. En efecto, al caer, los músculos del gato se distienden y sus patas se abren horizontalmente. Desciende así como una suerte de paracaídas y al aterrizar sobre las cuatro patas se amortigua el impacto de la caída sobre el resto del cuerpo.

LA LUZ EN LA LUCHA CONTRA EL CÁNCER

El empleo de un medicamento activado por la luz, ya conocido por los antiguos egipcios, ha sido propuesto para el tratamiento de ciertos tipos de cáncer. El Dr. Richard L. Edelson describe en el *Scientific American* cómo una medicina, conocida con el nombre de 8-MOP, al ser activada por radiaciones ultravioletas ataca las células cancerosas extraídas del cuerpo de un paciente. Tras ser reintroducidas en el organismo, estas células desencadenan un ataque inmunológico contra las células cancerosas restantes.

LA ELECTRICIDAD NUCLEAR EN AUMENTO

El Organismo Internacional de Energía Atómica informa que en 1987 la capacidad instalada para generar electricidad gracias a la energía nuclear ha aumentado casi un 8 por ciento en el mundo. Ese año entraron en funcionamiento 22 nuevos reactores en 9 países, lo que eleva a 417 el número de centrales nucleares en servicio, que suministran más del 16% de la energía eléctrica generada en el mundo.

UN JOVEN MAMUT PREHISTÓRICO

En la foto aparecen dos investigadores del Instituto de Zoología de Leningrado, A. Tjionov (a la izquierda) y V. Simonov, midiendo el cuerpo de un joven mamut descubierto por los marineros del barco soviético *Porog* en la península de Yamal, en el océano Ártico. El descubrimiento del esqueleto congelado y prácticamente intacto de este animal prehistórico ha suscitado gran interés en los medios científicos. Los microbiólogos, en particular esperan hallar en él microbios y virus que tal vez los fríos intensos han permitido conservar.



REVISTA INTERNACIONAL DE CIENCIAS SOCIALES

UNESCO/
CENTRO UNESCO
DE CATALUNYA

REVISTA INTERNACIONAL DE CIENCIAS SOCIALES
Diciembre 1988

Modernidad e identidad: un simposio

Cultura, economía
y desarrollo



40
ANIVERSARIO

UNESCO

REVISTA INTERNACIONAL DE CIENCIAS SOCIALES
Marzo 1989

El impacto mundial de la Revolución francesa 119

Las sociedades musulmanas,
Japón, América latina



UNESCO

La gran publicación
trimestral sobre ciencias
sociales que informa
sobre las principales
tendencias actuales
más allá de las
fronteras y de los
círculos restringidos con
contribuciones de
eminentes especialistas
internacionales

Una presentación agradable y
profusamente ilustrada

Ejemplos de artículos publicados:

GEORGES BALANDIER:
La violencia y la guerra — una antropología

ALAIN TOURAINE:
Modernidad y especificidades culturales

IMMANUEL WALLERSTEIN:
*¿Hay que «impensar» las ciencias sociales del
siglo XIX?*

PETER M. ALLEN:
*Hacia una nueva ciencia de los sistemas
humanos*

El de Bédouin... es un etnólogo que...
La revolución... es un momento...
El mundo... es un sistema...
El mundo... es un sistema...
El mundo... es un sistema...

La Revista internacional de
ciencias sociales se publica en
marzo, junio, septiembre y
diciembre

Precio y condiciones de
suscripción:
Países industrializados:
5.000 ptas. o 45 \$
Países en desarrollo:
3.000 ptas. o 27 \$
Precio del número:
1.500 ptas. o 15 \$

Se ruega dirigir los pedidos de
suscripción, compra de un
número, así como los pagos, al
Centro Unesco de Catalunya:
Mallorca, 285. 08037 Barcelona
(España)

